

Unión Ibero-Americana



Órgano de la Sociedad del mismo nombre

Junio de 1920

Calle de Recoletos, 10

MADRID

INDICE

Páginas.

TEXTO

| | |
|--|----|
| Palabras de S. M. el Rey de España..... | 1 |
| El porvenir de la América española..... | 3 |
| Información financiera de España..... | 9 |
| La verdadera Santa Teresa..... | 13 |
| En honor de D. Justo López de Gomara..... | 20 |
| Artigas, el Protector..... | 24 |
| Germen de gloria..... | 29 |
| La República Dominicana..... | 30 |
| Por qué Cristóbal Colón pasó a España..... | 33 |
| México..... | 38 |
| Un ilustre chileno habla en honor de España..... | 39 |
| Libros nacionales y extranjeros..... | 41 |
| Biblioteca..... | 44 |



Unión Ibero-Americana

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

Madrid: Calle de Recoletos, núm. 10

JUNIO DE 1920

Palabras de S. M. el Rey de España

La nota culminante de la vida española en el mes de junio ha sido el viaje de S. M. el Rey Don Alfonso XIII a Barcelona.

Renunciamos a describir el recibimiento verdaderamente entusiasta, las manifestaciones populares espontáneas y grandiosas, los vítores y aplausos de todas las clases sociales que, durante su estancia en la capital de Cataluña, acompañaron continuamente a nuestro Rey en su reciente viaje que con toda propiedad puede calificarse de triunfal; pero seguros de que ha de ser grato, no sólo a nuestros compatriotas residentes en América, sino a los millones de hispanoamericanos que sienten amor por España y se interesan por ella, transcribimos algunos párrafos de discursos pronunciados con tal ocasión por Don Alfonso XIII, en la Ciudad Condal.

* * *

«Yo tengo un especial empeño en expresaros la íntima satisfacción que siento al encontrarme entre el pueblo catalán. Vosotros habréis seguramente creído que os tenía abandonados, cuando yo amo por igual a todas las regiones de España y cuando estoy más lejos de ellas, más las recuerdo. (Vítores y aplausos prolongadísimos.)

Al ver aquí tantas caras jóvenes he sentido la inmensa satisfacción de recordar que nos hemos visto libres de una cruenta guerra, y recuerdo que Cataluña me ofreció una fuerza en que apoyarme para mantener mi neutralidad. (Grandes aplausos.) Porque Cataluña ha trabajado, y ésta era un arma más que aconsejaba mantener esa neutralidad.

Es preciso que os pongáis en mayor comunicación espiritual con las demás regiones de España, de mi España única e indivisible, tal como yo la siento, para que Cataluña, que es el más precioso florón de mi Corona (Ovación delirante), sea cada vez más grande.

Algunos catalanes ponéis fronteras; pero son más sublimes las de España entera, y para lograr una España grande, hemos de trabajar todos. (Aclamaciones.)

En estos momentos de conmoción social hay una ley universal de gravitación que impide que se realicen muchas grandes catástrofes. Yo necesito en este momento el concurso de todas las clases trabajadoras, para que podáis ayudarme y yo a vosotros, como deben ayudarse los pueblos y sus Reyes. (Aprobación entusiasta.)

Hoy tenemos que estar todos unidos para el trabajo, para formar el ambiente en que ha de vivir el obrero del porvenir. Las luchas políticas no tienen otra importancia que la de ser una lucha de opiniones; pero por encima de ellas hay un sentimiento mucho más puro, que es el del amor a la Patria.» (Vitores, aplausos y manifestaciones indescriptibles de adhesión a España y al Rey, que producen emoción inefable y que se prolongan durante largo rato.)

* * *

«Al encontrarme ahora tan gratamente entre vosotros, recordando que esta mañana estuve junto a los obreros, me alegra haber sido como un lazo de amistad entre el capital y el trabajo. (Aprobación.)

Las muestras de simpatía que de vosotros he recibido harán que el recuerdo de estos días sea mayor que el que produce el de haber estado tantos años sin venir a Barcelona. (Aplausos.)

Todos los pueblos trabajan por lograr un puesto en el mercado mundial; yo desearía que este puesto fuera para España, y que con nuestros trabajos lleváramos a la bandera española más laureles. (Ovación.)

Sois los de las grandes empresas; es necesario contar con la ayuda de todo el pueblo. Vosotros sabéis que yo no soy más que un español que, trabajando por España, trabajo por la grandeza de Cataluña.

Antes de separarnos esta noche quiero expresar algo común a todos diciendo: ¡Viva España y viva Cataluña!» (Estos fueron correspondidos con extraordinario entusiasmo y seguidos de otros al Rey.)

El porvenir de la América española

Manuel Ugarte, el culto entusiasta, elocuente, tenaz y activo paladín de los intereses de las naciones españolas del Continente trasatlántico, acaba de reimprimir su obra «El porvenir de la América española». El prólogo de esta nueva edición es una vibrante proclama al alma de la raza, que creemos digna de divulgación entre los que comulgan en nuestros ideales.

Cuando publiqué este libro, en 1911, la América española acababa de sufrir las humillaciones de Nicaragua, se retorció bajo la amputación de Panamá y mantenía fresco el recuerdo de la guerra de avidez y de felonía que obligó a España a arriar su bandera en los últimos dominios, presagiendo una dolorosa suplantación de su influencia espiritual en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, abundaban en las repúblicas ultramarinas los políticos ingenuos que, a pesar de las evidencias, violentando toda lógica, me reprocharon mis entusiasmos y hablaron del desinterés de los Estados Unidos, proclamando la necesidad de acentuar una política de fraternidad, porque «es seguro—decían—que sólo altas necesidades geográficas y estratégicas han podido llevar a ese país a cometer ciertos actos que marcan el límite de su empuje y el comienzo de la reconciliación.»

Después hemos asistido, conteniendo la cólera, a las invasiones que los Estados Unidos trataron de imponer por el Paso y por Veracruz hasta el corazón de México; más tarde hemos presenciado el incalificable atentado cometido contra la pequeña República de Santo Domingo, gobernada hoy de la manera más arbitraria, contra todo principio de derecho y de justicia, por un capitán de la marina norteamericana; hemos seguido, por fin, las incidencias de la maniobra de intimidación y de matonismo internacional mediante la cual durante la guerra se trató de doblar nuestras autonomías, obligándonos a servir intereses extraños, y al publicar ahora una nueva edición de la misma obra de combate, debo comprobar desgraciadamente que los políticos ingenuos de 1911, lejos de haber desaparecido del escenario hispanoamericano, se han multiplicado en 1920.

Esta tendencia desgraciada reviste diversas formas que se traducen en los tres razonamientos que paso a enumerar:

a) El peligro norteamericano no existe. Lo de Panamá fué una necesidad de la civilización. Lo de México una respuesta a las provocaciones. Lo de Nicaragua y Santo Domingo... ¿para qué ocuparse de esos turbulentos países?

b) Nuestra frontera no ha sido tocada aún. Lo que ocurra en otras repúblicas hispanoamericanas no nos concierne, porque nuestra política continen-

tal se limita a las relaciones del país en que vivimos con los Estados Unidos y éstas no pueden ser mejores. Prueba palpable de su amistad hacia nosotros es el ímpetu que les lleva a perjudicar a las repúblicas rivales.

c) Es el destino manifiesto. ¿Para qué intentar imposibles resistencias? Lo más sensato es someterse y disfrutar del bienestar y la abundancia que difunde el invasor. Aceptemos a los Estados Unidos como conductor y como guía, que de no acogerlos de buen grado, tendremos que acatarlos por la fuerza.

En medio de esta lamentable atmósfera de complacencias y renunciamentos que sublevan al patriotismo exaltado de una juventud fiel a los antecedentes nacionales, sigue naufragando insensiblemente la personalidad de la América española. Los años pasan, el peligro acrece y la salvación se hace cada vez más difícil.

Cada cual siente la amenaza. No hay quien no vea la realidad. En forma de pesimismo o de inconsciencia todos los espíritus traducen, aunque sea vagamente, la obscura comprobación; pero por un convenio tácito, cuando se trata de hablar nadie ha visto nada, nadie sabe nada.

Interroguemos a los ministros, a los cancilleres, a los presidentes, a cuanto personaje timonea la vida en las pequeñas capitales de la mayor parte de las repúblicas hispanoamericanas. Asistamos a las sesiones de los Parlamentos. Leamos los periódicos. Nadie ha visto nada, nadie sabe nada.

Y si por imposible suponemos que es la prudencia diplomática la que inspira esa reserva sigilosa y que en la sombra de las Cancillerías se han tomado acuerdos previsores para salvaguardar la existencia colectiva, basta observar las decisiones contradictorias de los Gobiernos, la desafinación en las gesticulaciones, la elección de personal y la falta de simultaneidades oportunas, para comprender que hoy como ayer nos hallamos diplomáticamente en plena anarquía y que lo de Panamá, Nicaragua y Santo Domingo podrá repetirse mañana en cualquier latitud del Continente, sin que se desarrolle la menor acción conjunta; porque los oídos y los labios están cerrados, y pase lo que pase, nadie habrá visto nada, nadie sabrá nunca nada.

La pasión subalterna de hacer dinero, la avidez de las fracciones que se disputan el Poder y artificiosas querellas de límites entre pueblos hermanos que sin haber colonizado lo que poseen reivindican por puro apetito visual estériles territorios desiertos o inaccesibles picachos en la montaña, acapan la inquietud y las vibraciones nacionales.

Por otra parte, la información telegráfica nos distrae diariamente con el cinematógrafo de lo que pasa en Europa, y el público se interesa por acontecimientos que no pueden influir sobre su vida o su porvenir, mientras el verdadero drama colectivo, el que debía apasionar a todos, aquél de cuyo desenlace depende la existencia nacional, sigue desarrollándose en la sombra, ajeno a la atención de los mismos que en él se juegan el porvenir.

El ambiente distraído favorece la infiltración económica, intelectual y moral de los Estados Unidos, que aparecen en todas las encrucijadas de la vida diaria imponiendo prestigios de todo orden, desde la inevitable estatua de Washington hasta los regalos de libros a las Bibliotecas, pasando por el cinematógrafo y los automóviles. Y como los ecos de la actividad de otros países hispanoamericanos sólo llegan de tarde en tarde y en forma artera para cultivar el desprestigio y el desdén, vivimos en realidad reclusos en patriotismos minúsculos y en vanidades subalternas, cultivando discordias de vecin-

dario con las otras repúblicas para dar empleo a la primitiva armazón diplomática y justificar los precarios armamentos que nos dan apariencia de nación.

Si César llegó a dominar las Galias, fué con ayuda de los mismos galos, cuyas querellas y divisiones suicidas supo aprovechar como hábil conquistador, ofreciendo a unos grupos ayuda para sobreponerse a otros. Si Hernán Cortés se apoderó de México, fué apoyándose en las tribus de la costa, que se dejaron fascinar por la promesa de suplantar en la hegemonía a las tribus de la antiplanicie, con lo cual quedaron burlados todos. La falta de previsión y solidaridad entre las repúblicas hispanoamericanas, que se desinteresan del conjunto y llegan hasta solicitar el concurso de fuerzas extrañas para afianzar una situación política dentro de sus fronteras o para perjudicar a un vecino fuera de ellas, está llevando gradualmente a la América española a la misma situación.

¿De dónde sacarían los Estados Unidos la eficacia de su acción, la fuerza de sus penetraciones, el éxito inagotable de su perpetua intriga, sino de la avidez de nuestros hombres de negocios, de la ambición subalterna de nuestros políticos, de la falta de conciencia superior de los pequeños grupos nacionales, de las disensiones entre las repúblicas hermanas, de nuestro caos social, en fin, donde todos dentro de la ciudad aspiran a gobernar, donde todas las regiones dentro de la nación se disputan la primacía, donde todas las naciones dentro de la América hispana se despedazan en la inconsciencia de un delirio fratricida que nos lleva a abrir las puertas al enemigo de afuera para saciar rencores, apetitos o represalias en detrimento del hermano?

Unas repúblicas porque obedecen al orgullo y a la jactancia de su rápido encumbramiento y desprecian a las demás, olvidando que ante las grandes naciones todas están sujetas por su debilidad a la misma órbita de rotación; otras porque, gobernadas con la cara vuelta hacia las rivalidades de la ciudad y no hacia los intereses superiores, se hallan en poder de grupos minúsculos que se creen principio y fin de la vida, tanto más vanidosos cuanto más exiguas son sus luces, tanto más ensoberbecidos cuanto más pequeño es su radio de acción; otras, en fin, porque sólo conservan de la utonomía el inofensivo juguete de la Presidencia y de las Cámaras para dar empleo a las interminables caravanas de postulantes que obstruyen las antecámaras de Washington mendigando la apariencia del Poder a cambio de un jirón de la bandera; y aquí por error en la orientación política, allá por pueril autoritarismo, más lejos por clara abdicación, nuestras naciones de origen hispano, florecientes, estancadas o exangües, acentúan día a día su desamparo ante la ola que las cubre, las circunda o las amenaza.

Sólo el general Carranza, actual presidente de México, ha tenido el valor de afrontar el problema a plena luz, oponiéndose abiertamente a las diversas formas de sujeción, intriga o intimidación, rechazando la doctrina-protectorado de Monroe y proclamando en todo momento la absoluta intangibilidad moral y material de la República.

También es cierto que la historia de México, desde su independencia, ha sido un calvario doloroso. Los que en América o en España dudan del peligro norteamericano y repiten los sofismas corrientes alrededor del panamericanismo; los que rindiendo culto a cierto modernismo elegante y distraído se manifiestan partidarios de facilitar la obra de los Estados Unidos, considerándola favorable para el desarrollo de nuestras nacionalidades; los que por

desconocimiento de la realidad o por ambición impaciente se hacen turiferarios del imperialismo triunfante y proclaman la necesidad de inclinar almas y banderas ante la fuerza dominadora, no conocen seguramente la historia de México y no han seguido las zozobras por que ha atravesado esta valiente nación durante los últimos tiempos.

Predestinada por su situación geográfica para ser el campo más directo de la expansión norteamericana, pero preparada por el volumen de su población, su riqueza y su civismo para afrontar la formidable crisis, ha recorrido, sin que un instante desfallezca su fiereza, todas las etapas de la lucha, desde la guerra, con su doloroso resultado y las amputaciones territoriales de 1845 y 1848, hasta el duelo fino y sutil de notas diplomáticas, que ha sido la característica de los últimos años. Es una batalla que dura desde los orígenes de la nacionalidad, un esfuerzo de todos los minutos para sofocar la discordia y la guerra civil fomentada desde afuera, para burlar los lazos que tiende una diplomacia florentina, para evitar la captación económica, para mantener comunicaciones directas con el resto del mundo, para solucionar los conflictos que el enemigo suscita con otras naciones, para tener en jaque las continuas invasiones sin llegar a un nuevo choque fatal, para defender la reputación del país de la calumnia y el desprestigio sembrados universalmente, para seguir respirando y viviendo a pesar de la presión formidable que una nación de ciento veinte millones de habitantes, dueña del cable y, por tanto, de la opinión mundial, factor principal en la política europea, y, por consiguiente, adulada por todos los pueblos, desarrolla sobre un país de diez y ocho millones, que no tiene más defensa ni más apoyo que su deseo de vivir y su amor a la libertad.

El caso de México es, a mayor o menor distancia, con más o menos intensidad, el drama de toda la América Española. Desmigajadas y dispersas, nuestras repúblicas se hallan ante el dilema de inclinarse como Cuba o de resistir como México, de aceptar el protectorado con todo su cortejo de humillaciones o de condenarse a una resistencia heroica y desesperada. Sólo la unión espiritual y el concierto diplomático de todas ellas podría dar nacimiento a la fuerza de equilibrio que debe poner a cubierto los desarrollos futuros. Si esto no se realiza, las regiones más débiles irán cayendo gradualmente bajo la irremediable esfera de acción de los Estados Unidos, las más fuertes se mantendrán por algún tiempo rodeadas y aisladas como peñascos en el mar, estremando su esfuerzo hasta que un huracán más recio que los otros las derribe, y del inmenso imperio que España fundó en el Nuevo Mundo, de la amplia y noble esperanza que Bolívar y San Martín abrieron en las tierras nuevas, no quedará más que el recuerdo de un inconmensurable fracaso y la angustiosa agonía de núcleos dispersos que verán desaparecer sus tradiciones, su idioma, sus costumbres, bajo una irrupción extraña que lo barre todo.

Un político *ad usum* es, por definición, un hombre que dice las cosas oportunas que pueden serle útiles. Un escritor, en la alta acepción de la palabra, es todo lo contrario: dice las cosas necesarias, aunque éstas puedan perjudicarle.

Cuando el autor de este libro lanzó su primer alerta, costó trabajo admitir que lo que decía lo decía a sabiendas, sin ignorar que se lastimaba en su carrera y en su actuación política dentro de su patria y en el Continente. Claro está que para llegar al éxito y a los honores el camino es otro. No hay ejem-

plo de que un hispanoamericano haya podido desarrollar sin graves dificultades su acción en las letras, en el comercio, en la diplomacia o en el Gobierno, si se ha declarado enemigo de la influencia norteamericana. Los que se inclinan y la sirven son los que más fácilmente se encumbran. De aquí la perplejidad de algunos ante la campaña que me llevó en 1911 a desarrollar el tema en más de cien conferencias pronunciadas en todas las capitales de la América Española, durante un viaje de dos años pagado de mi peculio personal y realizado contra la voluntad de casi todos los Gobiernos. Yo sabía también que iba contra mis propios intereses; pero hay una obra superior a las conveniencias individuales, y esa obra es la de revelar a nuestros pueblos la noción de su verdadero estado y el convencimiento de que sólo la unión puede ponerlos a cubierto de la amenaza imperialista.

La mejor prueba de ello es que a pesar del aislamiento, las hostilidades y las abyectas calumnias vuelvo a editar este libro, seguro de que cumplo con un deber, convencido de que las nuevas generaciones de América, destinadas a pasar mañana por hondos conflictos, si quieren salvar del torbellino sus banderas, comprenderán la lealtad y el patriotismo con que he puesto al servicio de un ideal continental todas mis facultades, modestas acaso, pero inspiradas en la más pura sinceridad y la más acrisolada honradez.

La forma en que ha terminado la guerra europea entrega a los Estados Unidos, sin contrapeso de ningún género, la hegemonía comercial y política en el Nuevo Mundo, y no ha de tardar la América Española en advertir, según las zonas y el volumen de cada república, un recrudecimiento de presiones diplomáticas, conflictos internos o rudas intervenciones militares que le hagan sentir la absoluta sujeción tributaria que es el ideal de los políticos de Washington.

Lejos de cerrar los ojos ante el problema, urge estudiarlo en todas sus fases, ejercitando el derecho legítimo que tienen los pueblos a investigar los caminos del porvenir y a dilucidar los asuntos que pueden comprometer su existencia. Ver en ello desacato o provocación, es admitir una subordinación definitiva. En los Estados Unidos se habla abiertamente de contrarrestar los posibles planes del Japón. En la misma Alemania vencida se discute la mejor manera de tener a raya la presión de los aliados. ¿Quién puede negar a los hispanoamericanos desposeídos de sus tierras y de sus tradiciones el derecho de examinar la situación general del Continente y discutirla en voz alta, cuando en Puerto Rico sucumbe hasta el idioma español desalojado por la acción invasora, cuando en Nicaragua se aclimatan los mandones impopulares sostenidos por Norte América, cuando en Santo Domingo se perpetúa la ocupación militar que viola los más sagrados derechos, cuando el canal del Panamá extiende sus tentáculos sobre las repúblicas vecinas, cuando México espera por instantes el aluvión que puede sumergirlo, cuando la América española, en fin, siente que vacilan sus cimientos y que hay en la atmósfera como un presagio angustioso que anuncia todas las catástrofes?

Nunca como en el momento actual ha sido urgente agitar estos asuntos. No faltan en la misma España políticos prestigiosos que sostienen la necesidad de «aceptar las realidades» y entenderse con los Estados Unidos para un imposible reparto de influencia en el Nuevo Mundo. Y aunque la legendaria hidalguía española es garantía suficiente de que jamás prosperarán tales proyectos, bastaría el síntoma para hacer reflexionar a los que todavía parecen desconocer la verdadera situación.

Todo ello da oportunidad viviente a la nueva edición de este libro, publicado en el noble solar hispano, donde ha encontrado el autor la hospitalidad más amplia y auspiciosa, y dirigido por igual a los españoles y a los hispanoamericanos que no se resignan a ver desaparecer en el Nuevo Mundo la gloriosa civilización de los que lo descubrieron y el ensueño de los patriotas separatistas, toda nuestra historia de ultramar, divergente acaso en apariencia, pero estrechamente unida y solidaria si la consideramos por encima de las incidencias políticas, en la vasta amplitud de su significado en el mundo y en los siglos.

De aquí la modificación del título primitivo, un poco vago, sustituido por otro, que mejor expresa el pensamiento del autor (1).

MANUEL UGARTE.

Alicante, marzo 1920.

(1) Índice de «El porvenir de la América española».

INDICE

Prólogo a la nueva edición.—Prefacio. Primera parte. La raza: I. El descubrimiento.—II. Los indios.—III. Los españoles.—IV. Los mestizos.—V. Los negros.—VI. Los mulatos.—VII. La variante portuguesa.—VIII. Los criollos. IX. Los extranjeros inmigrados.—X. La raza del porvenir.

Segunda parte. La integridad territorial y moral: I. Las dos Américas.—II. La América española.—III. La América anglosajona.—IV. El peligro.—V. La amenaza europea.—VI. La conquista comercial.—VII. La defensa hispanoamericana.—VIII. Un factor nuevo: el Japón.—IX. Congresos panamericanos y Congresos hispanoamericanos.—X. La patria única.

Tercera parte. La organización interior: I. La democracia hispanoamericana.—II. Costumbres políticas.—III. La educación.—IV. La noción del bien público.—V. La justicia.—VI. La religión.—VII. Las reformas sociales.—VII. La familia.—IX. El arte.—X. El porvenir.

Información financiera de España

Emisión de Obligaciones del Tesoro

Con fecha 1 de julio próximo, según se ha dispuesto, serán emitidas Obligaciones del Tesoro al portador de 500 y 5.000 pesetas cada una, al plazo de seis meses, renovables por otros seis, por la suma de 300.000.000 de pesetas, con interés a razón de 4,50 por 100 anual, pagadero a los vencimientos de 1 de octubre de 1920 y 1 de enero de 1921, mediante cupones que llevarán unidos los títulos.

Estas Obligaciones estarán exentas de todo impuesto o contribución, serán admitidas como efectivo por su capital e intereses vencidos, sin prorrateo en toda operación de consolidación de Deuda que se realice, y tendrán la consideración de efectos públicos.

El Tesoro público podrá recoger las Obligaciones que se emitan, antes de su vencimiento, en la cantidad que estime conveniente, abonando el capital de las mismas y los intereses devengados por ellas, hasta el día designado para la recogida.

La negociación de las Obligaciones que se emitan en virtud del presente Decreto se realizará a la par.

La renovación del préstamo a Francia

Dice sobre este asunto *El Economista*, importantísima revista económica madrileña:

«Se ha acordado prorrogar los vencimientos del anticipo a Francia por otros tres meses.

Ni esta prórroga ni las negociaciones para concederla se han involucrado por fin con la negociación política pendiente respecto de Marruecos. Creemos que están equivocados los que suponen que nuestro Gobierno trató de obtener compensaciones en la negociación política sobre Marruecos a cambio de la prórroga del anticipo, aunque sí parece que por un momento se trató de unir todo en una sola negociación, si bien luego se desistió por la negativa de Francia.

Realmente la concesión de esa prórroga de tres meses resultaba imprescindible, porque se habían dejado llegar los días sin una contestación definitiva y en la creencia de la concesión de la prórroga, por lo que no podía exigirse que con cuarenta y ocho horas de anticipación se habilitaran los 140 millones de pesetas, ya que, dado lo restringido que resulta el mercado de cambios en proporción a dicha suma, hubiera sido imposible negociar en las Bolsas la cantidad suficiente de francos para obtener aquella suma en un plazo tan reducido.

Ello hubiera dado lugar a que quizá hubieran tenido que protestarse las letras, y aunque sería caso de recurrir a la ejecución, dada la solvencia y la fuerza de los Bancos que las suscriben, no hubiera convenido a nadie que ese protesto se realizara.

Dividendo a cuenta de las Azucareras preferentes

Confirmando nuestras previsiones, y en cumplimiento de lo ofrecido en la última junta general, el Consejo de Administración de la Sociedad General Azucarera ha declarado un dividendo a cuenta de las utilidades del ejercicio de 1919-20 para las acciones preferentes a razón de 15 pesetas por acción, a deducir impuestos.

La Compañía de Ferrocarriles del Norte de España en 1919.

Según la Memoria leída en reciente Junta general, los resultados del ejercicio de 1919 fueron los que siguen:

Ingresos del tráfico, 263.892.620,10 pesetas; ingresos varios, 257.642,21; gastos de la explotación, 194.955.125,77; producto neto, 69.195.136,54; pensiones pagadas al personal, 2.380.445,18; cargas de la explotación: primero, intereses de las obligaciones, 41.770.956,90; amortización, 16.694.546,04; amortización de bonos de Asturias, Galicia y León, 333.500; segundo, ejercicios cerrados (saldo deudor de 1919), 883.461,75; tercero, gastos de valores en el extranjero, 718.226,94; total de cargas, 56.970.939,25; excedente de productos, 9.843.752,11; resultado de la explotación de la línea de Valencia a Utiel: insuficiencia de productos a cargo de la Comisión liquidadora, 1.254.520,09; excedente líquido de productos, 11.098.272,20.

El Estado ha percibido durante el ejercicio de 1919 18.968.388,50 pesetas por impuesto de transportes, y 6.230.771,12 por gastos de inspección y vigilancia, contribuciones, impuestos de utilidades y timbre, derechos de Aduanas, etc., y ha obtenido una economía de 6.589.239,38 por transportes militares, correo, etc.; en total, 31.788.399 pesetas, que representan 61,61 pesetas, por cada una de las acciones en circulación y un interés de 8,59 por 100 de la cantidad recibida por la Compañía en concepto de subvención por todas las líneas que explota.

La Junta general aprobó la Memoria del Consejo de Administración, las cuentas del ejercicio de 1919 y su liquidación en la forma propuesta por el Consejo, o sea aplicando el saldo total disponible a disminuir en su importe de 11.687.131,62 pesetas; el déficit resultante de los ejercicios de 1917 y 1918, con deducción de la suma necesaria para el pago de impuestos.

Fueron ratificados los nombramientos de administradores hechos a favor de los señores conde de Gamazo, D. José Joaquín de Ampuero, D. Carlos de Prado, D. Tomas Urquijo, D. Gastón Guiot, D. Enrique de Zárata y D. Félix Boix, nombrados por el Consejo, el primero en la misma plaza que ocupaba, por haber desaparecido las causas que motivaron su dimisión, y los demás para ocupar las vacantes de D. Emilio Pereire, D. Francisco Moreno Campo,

D. Eduardo Cobián, D. Agustín Prestel, D. José Luis de Villabaso y D. Faustino Rodríguez San Pedro.

A D. Faustino Rodríguez San Pedro, que tenía presentada la dimisión irrevocable de su cargo de presidente del Consejo de Administración, en consideración a sus excepcionales merecimientos y relevantes servicios prestados a la Compañía durante más de cuarenta años, el Consejo le confirió el título de presidente honorario de la Empresa.

Próxima Emisión de la Compañía Trasatlántica.

Se había anunciado que en los primeros días de julio realizaría la Compañía Trasatlántica española una emisión de obligaciones; en cuanto fué conocida la noticia se despertó enorme entusiasmo en los capitalistas.

Se trata de 20 millones de pesetas, en 40.000 obligaciones de 500 pesetas, al 6 por 100 de interés, con la garantía de la flota de la Compañía. La emisión ha sido tomada en firme por un gran Sindicato, con una opción a 24.000 títulos más, en el que entra casi toda la banca de Barcelona y de Madrid. Los nuevos títulos se ofrecieron al público a 97,50 ó 98 por 100.

El día 15 de junio actual, y el mismo día que se publicó el anuncio, llegaron pedidos que superaban en muchas veces al importe de los títulos que se ofrecían, a pesar de que el Sindicato asegurador hizo en seguida uso de la opción para tomar 24.000 títulos más.

En vista de ello, y como cada día que pasaba aumentaban los pedidos, se acordó suspender la suscripción pública anunciada y adjudicar los títulos entre los peticionarios, con objeto de evitar las molestias que se causarían al público al suscribir sin que pudiesen ya adjudicárseles títulos, pues según las condiciones de emisión éstos se adjudicaban por orden de prioridad en la presentación de las peticiones.

El brillante éxito obtenido demuestra el crédito y la confianza de que goza entre el público capitalista la benemérita Compañía Trasatlántica

Concurso Nacional de Ganados.

La Asociación General de Ganaderos ha acordado celebrar un concurso nacional de ganados en el mes de mayo de 1921, que tenga excepcional importancia y constituya una completa manifestación de nuestra riqueza pecuaria.

En plazo breve será publicado el programa, que comprende todas las especies y razas de ganado.

El importe de los premios que se concederán asciende a más de 200.000 pesetas.

Además del ganado, comprenderá el concurso las industrias derivadas de la leche, agricultura y demás industrias rurales, maquinaria agrícola, y una interesante Sección de acción social.

Se verificará en los terrenos de la Casa de Campo, cedidos a la Asociación de Ganaderos por S. M. el Rey.

Los petróleos en España.

Las gestiones que se celebraban entre un gran grupo financiero español y el grupo Shell de petróleos, para el establecimiento de depósitos de este aceite mineral en los puertos españoles, han llegado a feliz término, mediante la firma, en Londres, de unas bases.

En ellas se implanta el negocio constituyendo una Sociedad con capital de 25.000.000 de pesetas, en el que participará el grupo español en un 45 por 100, y el grupo Shell en el 55 por 100 restante. El grupo español lo constituyen el Banco Urquijo, el Banco de Vizcaya, el Español de Crédito y la Sociedad Española de Comercio Exterior, correspondiendo una tercera parte de la participación española al Banco Urquijo, otra a la Sociedad Española de Comercio Exterior y una sexta parte a cada uno de los Bancos de Vizcaya y Español de Crédito.

Se trata de un negocio muy importante, y del que se esperan grandes resultados, tanto para sus promovedores como para el abastecimiento y baratura del petróleo en España.

Bolsa de Madrid.

El día 30 de junio, las cotizaciones de valores en la Bolsa de Madrid fueron las siguientes:

4 por 100 Interior: Serie F, 72,20; E, 72,35; D, 72,60; C, 73,50; B, 73,60; A, 73,75; G y H, 73,65; Diferentes, 73,75.

Carpetas Interior: Serie F, 72; E, 72,05; D, 72,05; C, 72,10; B, 72,10; A, 72,15; Diferentes, 72,15.

4 por 100 Exterior: Serie F, 84; E, 84; D, 84, C, 84; B, 84,40; A, 84,40, G y H, 85; Diferentes, 84.

5 por 100 Amortizable antiguo: Serie E, 94,75; D, 94,75; C, 94,75; B, 94,75; A, 94,75.

5 por 100 Amortizable 1917: Serie E, 94,25; D, 94,75; C, 94; B, 94; A, 94; Diferentes, 94,25.

Cédulas hipotecarias: 4 por 100, 96; 5 por 100, 103,80.

Ayuntamiento de Madrid: E. Interior, 5 por 100, 93,25; Villa de Madrid 1914, 5 por 100, 91,50; ídem 1918, 5 por 100, 91.

Acciones: Banco de España, 542; Español de Crédito, 185; E. Río de la Plata, 300; fin corriente, 301; fin próximo, 302,50; Tabacos, 297; Explosivos, 309; Azucareras preferentes, 177; fin próximo, 178; ídem ordinarias, 77; fin próximo, 79; Duro Felguera, 150; fin próximo, 151,50; M. Z. A., 311,50; fin próximo, 314; Norte de España, 294; Fénix, 173; U. Eléctrica, 98,50; Banco Central, 207.

Obligaciones: Azucareras estampilladas, 82; Alicante primera, 241; Nor-tes, primera, 53,25; ídem, segunda, 53,60; Asturias, primera, 55,50; Ríotinto, 105,25; Bonos: C. Naval, 103; ídem, F. C. Auxils, 100; ídem Banco de España, 278 sc; Ciudad Real-Badajoz, 90.

Moneda extranjera: Francos, 49,80; libras esterlinas, 23,87; francos suizos, 109,90 (no oficial); liras, 36; belgas, 52,75 (no oficial); dólares, 6,02; marcos, 15,65; escudos portugueses, 1,19 (no oficial); pesos argentinos, papel, 2,53 (ídem).

La verdadera Santa Teresa

Nuestro ilustre Vicepresidente ex Rector de la Universidad Central, señor Conde de Leyva, tiene un libro en prensa. Uno de sus capítulos está consagrado a Santa Teresa, a quien estudia en tres aspectos: «La Mujer», «La Reformadora», «La Escritora»; en el número anterior de esta Revista dimos a conocer a nuestros lectores la primera parte de dicho capítulo, haciéndolo en el presente del resto del mismo.

La Reformadora.

Igual humanismo aparece considerando la vida de Santa Teresa desde el punto de vista social y público. Cuando, tras una juventud agitada por vehementes y mal definidas aspiraciones, se sintió llamada por la Providencia a los altos destinos de reformadora, abandonó el claustro, dió treguas a íntimas solitarias contemplaciones, y apartándose de los abrazos continuos del Señor (1) empezó un verdadero apostolado, en el cual, por lo mismo que se refería a intereses del espíritu, afectaba de manera directa a una sociedad como la española del siglo XVII, todavía, aunque pasada la Edad Media, señoreada por la religión, en cuyo seno se formaba la conciencia civil y aun la política, y se reflejaban los actos a primera vista más remotos de la conducta pública y privada.

Por eso la empresa acometida por ésta, como por todos los grandes reformadores religiosos, consistía, en definitiva, en acercar unos a otros los intereses harto distanciados de la materia y del espíritu, de esta vida y de la otra. Tal hicieron San Francisco de Asís y San Ignacio de Loyola, en más ancha esfera el primero, porque iba englobado en sus reformas hasta el orden social, y en otra, no menos vasta, el segundo, a causa de la enorme trascendencia de la crisis religiosa que la produjo.

En su virtud, y para conciliar tan altos intereses, colocóse Santa Teresa en pleno mundo, en este domicilio de nuestra existencia tan desdeñado de la mística que le brindaba largamente medios adecuados para su empresa en los elementos sociales que la rodeaban.

Lanzóse, pues, a lo que llamamos hoy la vida pública, y a poco, la monja humildísima, clausurada en estrecha celda, apareció, como antes el gran Cistero, en relación con Pontífices, con Reyes, con sabios y con santos, con jueces y con letrados, con mercaderes y jornaleros, en contacto con todas las grandezas y cerca de las miserias y lacerias de una sociedad, cuyos gra-

(1) Carta del maestro Juan de Avila a Santa Teresa de Jesús.

dos de moralidad se extendían desde la negra realidad, fielmente copiada, en el patio de *Monipodio*, a las endechas sublimes de San Juan de la Cruz.

La gran reformadora todo lo contempla, todo lo comprende; su mirada profunda penetra en aquel mundo cuajado de desigualdades e injusticias, sirviéndose para juzgarlo de los más nobles criterios, sin excluir los principios y sentimientos de la democracia cristiana (1). Su vida fué un combate continuo contra los abusos y también, a imitación de su gran maestro de Loyola, contra los luteranos, con quienes desearía entrar en teológica discusión. No le arredran enormes trabajos físicos y morales; a calumnias y persecuciones opone ora la resignación penitente, ora energía varonil (2) y siempre la confianza en Dios, con cuyo auxilio nada ni a nadie teme, ni al diablo, que convierte en blanco de sus burlas y a quien compadece por ser incapaz de amar.

Resultado de tanto esfuerzo fué la fundación en breve tiempo de diez y nueve conventos de Descalzas, muchos de varones, y numerosas conversiones aisladas, a modo de las que lograba por su prestigio personal San Francisco de Asís. Lo cual no era posible sin influir cristianamente en la medula social.

El propio intenso humanismo aparece en las dos principales de sus obras, a saber: sus hijas (monjas) y sus escritos, dos imágenes, como dice Fray Luis de León, que dejó de sí misma testigos fieles de toda excepción y de sus grandes virtudes (3).

En efecto, no obstante ser objeto de su reforma las *Descalzas*, o sea la restauración de las reglas claustrales primitivas, no exagera la severidad de que estaban revestidas, sobre todo en lo concerniente a las penitencias, que, como aconsejaba también San Ignacio de Loyola, no deben perjudicar nunca la salud, ni rebasar en cantidad ni calidad las establecidas por las reglas: es más, como medicina de enfermedades del espíritu, originadas por la flaqueza fisiológica, recomienda alimentación sólida, descanso, sueño y hacer alto en los ejercicios espirituales; y entrando más a fondo en la economía de la vida cristiana, considera superior a la claustral la que puede realizarse en el mundo, porque supone mayor esfuerzo y mérito consiguiente en la guerra contra el pecado (4).

Su profundo conocimiento del corazón humano, una exquisita prudencia, reguladora de sus demás virtudes, y la tolerancia hermanada con la severidad en el régimen del claustro brillan en sus *Constituciones*, calificadas de divinas por alguno de sus biógrafos, en sus *Avisos* y en su *Modo de visitar los conventos*.

La Escritora.

La historia del espíritu humano y de la Religión católica deben estar agradecidas a los directores espirituales, la mayor parte jesuítas, de Santa Teresa de Jesús; pues sin ellos no habría pasado de escribir la copiosa co-

(1) Libro de las «Relaciones»: relación 3.^a y epígrafe del capítulo XLVI del «Camino de perfección».

(2) «Moradas» sexta, cap. VI.

(3) Carta del maestro Fray Luis de León a las religiosas Carmelitas Descalzas del monasterio de Madrid.

(4) Libro de las «Fundaciones», cap. V.

rresponsencia epistolar a que le obligaban los trabajos de reformadora. Notorio es que por impulso propio jamás habría quebrantado el secreto de sus divinas relaciones, cuya pública manifestación ante sus monjas motivaron de su parte quejas cariñosas dirigidas a su Amado; pero angustiada su conciencia por justificados escrúpulos, acudió en consulta a sus confesores, y sólo cediendo a imperiosos mandatos tomó la pluma, llena de confusión y de temores, hijos de su ignorancia y falta de aptitudes de publicista, harto exageradas por su humildad, puesto que no era ciertamente absoluta su ignorancia y en cuanto a cualidades de gran escritora, hallábanse como dormidas en aquella espléndida naturaleza y que bien pronto despertaron al calor del auxilio divino, tan ardientemente solicitado como con largueza concedido.

Como escritora, Santa Teresa de Jesús es un prodigio. Si no se le quiere conceder el auxilio divino, que a cada paso y con sincera humildad ella misma se atribuye, menester es imaginar una explicación natural de sus escritos, que satisfaga a quien de ellos juzgue, libre de prejuicios. Fisiológicamente pensando, las crisis terribles a que la sometía su temperamento y el mal de corazón que ella confiesa, y a cuya ficción acudía a veces para disimular los éxtasis milagrosos (1), habrían acabado cien veces con aquel cuerpo arruinado por las enfermedades y la penitencia, mucho más hallándose habitado por su espíritu gigante, ansioso de cambiar esta vida por la eterna (2) y presa de arrebatos amorosos, tales que en alguno de ellos le pareció que iba a morir (3). Su talento era extraordinario, al cual debió principalmente éxitos no pretendidos y la celebridad, porque si sus obras son conocidas fuera de la patria más que las del resto de los españoles, sin excluir a Cervantes, antes debe esto achacarse a sus méritos de escritora que a los de catequista. Su doctrina es, naturalmente, igual a la de otros místicos, pero a todos aventaja en la manera de exponerla; en ningún escritor puede comprobarse mejor aquello de que el estilo es el hombre, pues la transparencia del suyo pone de relieve no ya tal concepto o razonamiento, sino a ella misma, pudiendo afirmarse sin error que sus libros no son sino la historia, el estudio, el análisis de su grande alma, compuesta de la caridad, de la pureza, de la humildad, llevadas a una altura, y con tal sinceridad expresadas, que sorprenden y atraen al lector más indiferente. No usa jamás de preparación y mucho menos de retórico artificio, resultando, por tanto, la expresión sincera y sentida de los que son artistas por naturaleza. De aquí el calor, la fuerza y movilidad de su manera o estilo siempre proporcionado al grado de elevación de las ideas y a la viveza de los afectos, cuya escala se extiende desde la sencillez familiar a los arrobamientos del amor divino.

Su fantasía asombrosa y sensibilidad extrema convierten a menudo a la escritora en orador elocuente, cuyos vehementes apóstrofes interrumpen el razonamiento, comunicándole animación extraordinaria. La gracia culta y oportuna es otra de las cualidades que la recomiendan. Cuando siente el cansancio o la estimula la cortesía respecto a su auditorio (del cual nunca carece, porque sus escritos son especie de conversación con Dios o con sus monjas), se detiene súbitamente y excama: *Yo no sé lo que decía, que me he divertido (distráido) mucho, y en acordándome de mí se me quiebran las alas*

(1) Relación 2.^a

(2) Exclamaciones núm. 12.

(3) Entre innumerables pasajes, el «Libro de su vida», capítulos XX y XXIX. Libro de las «Relaciones», relación 1.^a Conceptos del amor de Dios, cap. VII. Sextas Moradas, cap. XI.

para decir cosa buena; y así lo quiero dejar por ahora (1), o: Riéndome estoy de estas comparaciones que no me contentan: mas no sé otras. Pensad lo que quieredes, ello es la verdad lo que he dicho (2). No habla más que de ella misma, ni aduce de ordinario más pruebas que las de su experiencia, de tal modo, que en momentos críticos, cuando expone la especie de metafísica de las ascensiones del alma, viéndose enredada en dificultades de expresión insuperables, interrumpe la narración, exclamando: «Esto es imposible de declarar ni hay palabra humana para explicarlo». Casi siempre es dogmática, y además, a cada paso se declara infalible (3); mas apesar de todo esto a nadie se le ocurrirá motejarla de vanidosa, mucho menos de pedante; tales son la sencillez y humildad con que habla.

Sólo alardea de ruindad y de ignorancia, y, sin embargo, aduce con frecuencia datos de la filosofía, confesando que desconoce su tecnicismo (4) y en cuanto a las cosas sagradas, cita a cada paso textos de la Tradición y de la Escritura, y con gran oportunidad introduce sentencias teológicas para evitar que las afirmaciones místicas, no siempre definidas con exactitud, salven los límites infranqueables del dogma. Merced al equilibrio de sus facultades y a la ternura de su temperamento femenino, y en cuanto la materia lo permite, no incurre en exageraciones desalentadoras; habla con frecuencia del diablo y del infierno, pero no se complace, como otros místicos, en hacer de este último descripciones espantables.

Fué una fortuna que al Padre Gracián se le ocurriera mandar a Santa Teresa que escribiese el libro de las *Moradas*, pues acertó a enriquecer con una joya la historia de la literatura católica, principalmente la de España. En la plenitud de su entendimiento, de su saber y experiencia (a los sesenta y dos años de edad), en reposo su ánimo con el retiro a que hubo de acogerse en un convento de Toledo, alcanzó en esta obra la perfección posible, así en el fondo como en la forma. Con un método, claridad y limpieza de espíritu que se echa de menos en la mayor parte de sus escritos, va desarrollando su mística alegoría, conduciendo al alma, totalmente separada del cuerpo y por grados definidos, desde el cerco del castillo hasta su matrimonio o confusión con la Divinidad en lo íntimo de las últimas *Moradas*, o en otros términos, expone su concepción a la teología mística y de las relaciones humano-divinas, enteramente propia y personal, como expusieron las suyas, cada cual con forma y dirección peculiares, San Juan de la Cruz, Malon de Chaide, Zárate, Luis de Granada, Ribadeneira, Nieremberg, San Francisco de Sales, Kempis y siglos atrás San Juan Clímaco. En las *Moradas*, la obra imaginativa aparece subordinada en lo posible a procedimiento racional, moderadas, por tanto, y sometidas a la doctrina las expansiones del amor, que en las *Exclamaciones* y otros escritos semejantes se desbordan fuera de cauce y medida, fuera del raciocinio y aun de las palabras, cuyo lugar ocupan breves y vehementes apóstrofes, ayes, interjecciones, frases vivas e incoherentes, llenas, sin embargo, de nobleza y aun de elegancia. En todas sus obras, históricas, doctrinales o místicas, palpita el alma purísima y apasionada de la escritora nsigne. Podrá no convencer a todos sus lectores, pero ninguno osará ne-

(1) Terceras «*Moradas*», cap. I.

(2) Séptimas «*Moradas*», cap. II.

(3) Eso no lo sé yo; mas sé que es verdad lo que digo. Cuartas «*Moradas*», cap. I.

(4) Que valiera aquí ser filósofo para saber las propiedades de las cosas, y saberme declarar. «*Camino de perfección*», cap. XXX.

garle el respeto debido a las grandes inteligencias y a los espíritus superiores.

Acaso tan eminentes cualidades impidieron que se tenga de Santa Teresa un concepto exacto, porque habiendo pasado sus escritos a la historia con toda su grandeza espiritual y literaria, dejaron en segundo término la obra profundamente social y cristiana de la reformadora. La tarea de escribir fué para ella cosa harto secundaria, que le robaba el tiempo necesario para restablecer en recia lucha mundana la vida religiosa y evangélica, desfigurada por la ignorancia y el fanatismo. Hasta puede decirse que tampoco empleaba todo su tiempo en los éxtasis milagrosos, casi siempre involuntarios: oraba para vivir cristianamente, no vivía para orar. Ni fué su principal propósito elevar hasta el cielo esta baja tierra, representada por el alma casi separada del cuerpo en su deificación, asaltando así prematuramente las regiones de la visión beatífica; ni tampoco se entregaba complacida a los arrebatados vuelos de su espíritu, por miedo de que se confundieran con aquellos otros bajos vuelos, sostenidos por las frágiles alas de la *loca de la casa*.

Pero empeñada ya en la tarea de escritora, tampoco contradijo, antes evidenció, la realista orientación de su espíritu, mostrada en cuantos asuntos, siquiera fuesen sutiles abstracciones, fijaba su consideración. Ya se ha dicho que es imposible formar concepto de Dios y de las cosas divinas sin delimitarlos, dando formas adecuadas, en lo posible, a las ideas desprovistas de realidad y aun a los ocultos fenómenos del espíritu, y en esta obra filosófica, absolutamente humana, se ocupa la escritora insigne en sus libros de su *Vida*, las *Relaciones* y las *Moradas*, donde desarrolla un análisis psicológico, metafísico y teológico, que suscribiría el más consumado filósofo. Cuando los procedimientos científicos, de que se sirve sin conocerlos, son insuficientes para definir lo indefinido y lograr la claridad deseada, pide luz a su fantasía, a comparaciones tomadas de la vida real y, en último caso, acude, con más sobriedad ciertamente que otros escritores, a las opulencias del estilo. Ejemplo de esto pueden ser, entre muchos, su descripción de las distintas clases de oración y los avances de su ingenio para explicar la vida íntima de la augusta Trinidad (1). Un apologista de la Santa escribe: «Leibniz, de quien se ha podido decir que llevaba de frente todas las ciencias, manifestaba haberle servido de mucho para sus hipótesis algunas ideas de Santa Teresa; nuestro gran Balmes escribió que, al leerla, parecía que estaba leyendo al propio Malebranche; y de un profesor doctísimo se cuenta que al estudiar a la Santa cerró el libro con grande admiración, diciendo: «Cierto que entiendo que Santo Tomás no alcanzó a entender tanto de precisión de actos interiores como esta mujer» (2).

Además, parece que envuelve al mundo en una atmósfera divina. Conforme con los grandes místicos, ya citados, con la teología católica y con San Pablo, Dios se halla en todo y en todos, sin excluir los actos humanos: nuestra existencia está por doquiera penetrada de la Divinidad. La síntesis más cabal de la filosofía teresiana está en aquella frase, ya célebre, tan familiar como elocuente, en que parece anteponer la vida activa a la contemplativa: *entre los pucheros anda el Señor*.

Respecto a ella misma, recuérdese sus prodigiosas revelaciones, las cua-

(1) «Libro de las relaciones», relación 6.^a

(2) Viñas y Campá: «Lo sobrenatural», probado por Santa Teresa.

les, sin embargo, no constituían, por decirlo así, la medula de su vida; los propios éxtasis eran para ella cosa accidental; los agradecía vivamente, pero no los solicitaba, bastándole la convicción profunda de que dentro de ella y con ella estaba Dios, con quien conversaba y ante cuya presencia se desarrollaba su dramática existencia. Esto escribía, me dice Su Majestad muchas veces, mostrándome grande amor: *Ya eres mía y yo soy tuyo* (1). Así manejaba Santa Teresa los intereses espirituales; de tal manera hermanaba lo natural y lo sobrenatural, confundiéndolos en un mismo concepto.

Importa mucho notar que Santa Teresa sólo habla de sí misma, de su propia experiencia, sin más comentario de los hechos narrados que el necesario para explicar sus misteriosas impresiones. En la exposición que hace de lo que ella apellida *mística teológica*, no establece teoría o cuerpo alguno de doctrina, bien que su talento extraordinario le lleve, sin darse cuenta de ello, a discurrir con lógica y con dialéctica; cuanto más, preséntase como ejemplo que sirva de escarmiento; no a manera de San Pablo, como modelo que imitar. Al contrario, tras colocar los favores divinos en el lugar altísimo que les es propio y encender el deseo de gozarlos, se apresura a señalar las dificultades y aun peligros que es fuerza correr para conseguirlos (2). Nadie puede merecerlos (3), a nadie es lícito pedirlos (4), terribles, casi infernales dolores (5) y sequedades esperan a los más contemplativos; dudas angustiosas sobre si son objeto del amor divino o de diabólicas insidias; no son necesarios, ni mucho menos, para la salvación (6), y después de escalar las cumbres de lo sobrenatural, transformándose en Dios, la posibilidad, el temor, de precipitarse, como Salomón, en los abismos del pecado (7).

Que no siendo necesario, nadie sin alas suficientes emprenda ese vuelo sublime, sino que, ilustrado por la prudencia, entre por el camino más seguro y trillado de los preceptos evangélicos, o sea los medios ordinarios de la divina Providencia. Ya había anticipado esta reflexión profunda su maestro, Tomás Kempis, en la *Imitación de Cristo*.

La preocupación de Santa Teresa a causa de la ineficacia y peligros de las revelaciones y demás fenómenos sobrenaturales de la mística era tal que, aun después de muerta, dirigió severas advertencias sobre tan importante asunto a las almas contemplativas. En el primero de los *Avisos* que desde la otra vida dió a varias de sus monjas, una de éstas dice: «Este día, que es domingo de Cuasimodo, me manda esta presencia de nuestra Santa Madre que diga a vuestra paternidad (el Padre Gracian) muchas cosas. Lo primero, que no escriba cosa que sea revelación, ni se haga de ello; porque aunque es verdad que muchas son verdaderas, pero también se sabe que son muchas falsas y mentirosas, y es cosa recia andar sacando una verdad entre cien mentiras, y que es cosa peligrosa, y para ello me dió muchas razones.

La primera, que cuanto más hay de este modo más se desvían de la fe: la cual luz es más cierta que cuantas revelaciones hay.

La segunda, que los hombres son muy amigos de esta manera de espíritu y santifican fácilmente el alma que las tiene; y es negar el orden que Dios

(1) Libro de su Vida, cap. XXXIX.

(2) «Moradas» sextas, cap. I.

(3) «Moradas» séptimas, Camino de perfección, cap. XI.

(4) «Moradas» sextas, cap. IX.

(5) «Moradas» sextas, cap. I.

(6) «Moradas» séptimas, cap. IV.

(7) «Moradas» séptimas, cap. IV.

tiene puesto para la justificación del alma, que es por medio de las virtudes y el cumplimiento de su ley mandamiento.

Dice que vuestra paternidad ponga mucho en atajar esto cuanto pudiere, porque importa mucho. Y que por la mayor parte somos las mujeres muy fáciles de dejarnos llevar de imaginaciones, y como falta la prudencia y letra de los hombres, para poner las cosas en lo que son, tiene mayor peligro de esto.

Y por esto dice, que le pesará lean mucho sus hijas sus libros, particularmente el grande, que trata de su vida; porque no piensen que está en aquellas revelaciones la perfección, y con esto la deseen y procuren pensando imitarla.

Por esta manera dió a entender muchas verdades, que lo que ella tiene y goza, no se lo dieron por las revelaciones que tuvo, sino por las virtudes. Y ha sido esto con tanta luz que me ha quitado el deseo que tenía de leer el libro de nuestra Santa Madre (1).

Muerta ya, serenado su espíritu por haberse convertido el afán de la visión beatífica en la posesión de ella, parece que traza enérgicamente la línea que separa esta vida de la otra, negando, o por lo menos no afirmando, que en la unión transformante exista incoada la visión beatífica, como algunos, y ella misma, afirman con repetición. He aquí sus palabras: «Los del cielo y los de la tierra seamos una misma cosa en pureza y en amor; los del cielo, gozando; los de la tierra, padeciendo. Nosotros, adorando la esencia divina; vosotros, al Santísimo Sacramento. Y en otro pasaje repite lo mismo, sin más que la siguiente variación accidental: «Nosotros, gozando; vosotros padeciendo; y lo que acá en el cielo hacemos con la esencia divina, haced vosotros allá con el Santísimo Sacramento.»

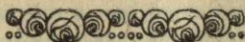
Tal es el concepto que de la mística teología tenía y enseñaba Santa Teresa de Jesús.

RAFAEL CONDE Y LUQUE.

Conde de Leyva.

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

(1) Documentos relativos a Santa Teresa y sus obras, núm. 29. Biblioteca de Autores Españoles. Escritos de Santa Teresa, tomo I.



En honor de D. Justo López de Gomara

Recientemente se ha rendido espléndido homenaje a D. Justo L. de Gomara, director de *El Diario Español*, de Buenos Aires, con motivo del XL aniversario de su vida periodística en la Argentina. La UNION IBERO AMERICANA quiere asociarse a tal homenaje tributado al insigne compatriota que con tanto tesón y tanto prestigio ha laborado y sigue laborando por afianzar y robustecer el buen nombre de España en aquella República y por el desarrollo de los vínculos de toda índole entre la misma y nuestra patria.

He aquí lo que de Gomara escribe con tal ocasión otro distinguido compatriota:

«Los que llevamos consagrada la vida al periodismo y estamos en esta tarea decenas de años, podemos, mejor que nadie, apreciar qué clase y cantidad de sacrificios importa su ejercicio durante cerca de medio siglo. Llenar esas tareas por espacio de cuarenta años, sin detenernos en otra consideración que en el hecho de consagrar tan largo espacio de tiempo al forzado trabajo de todos los días, representa, cuando en él no se han consumido las últimas energías, más que un carácter y una resistencia a toda prueba, una naturaleza especialmente dispuesta, una vocación capaz de todas las abnegaciones, una predestinación, como dicen los teólogos, que vence todas las fallas propias del humano ser, aun del más exquisitamente dotado. Y si a esto se agrega no perder, ni disminuir en el transcurso del tiempo, los entusiasmos del primer día, mantener, a más del fuego sacro que le impulsara a emprender la ardua tarea, la brillantez y la frescura del estilo, la profundidad de la intención, la facilidad en la improvisación, la amplitud del espíritu para tratar todas las más diversas materias y abordar los más opuestos temas, habrá que convenir en que Gomara es el tipo ideal del periodista, y que, con razón, así lo consideran cuantos conocen, y son cuantos viven en este país y muchos en España, su intensísima labor de cuarenta años.

El joven, que a los veinte llega a un pueblo completamente nuevo para él, sin vinculaciones, sin fortuna, sin antecedentes, que a esa edad no se puede detener, entra el mismo día de su arribo en un diario, se singulariza en seguida por su labor y su inteligencia, y pocos meses después se hace cargo de la dirección y de la propiedad del periódico, para llevarlo a altura que no había alcanzado, demuestra por eso sólo un valer que luego los hechos y el tiempo no han hecho sino confirmar y robustecer.

Pero el periodismo, que es en Gomara una segunda naturaleza, con ser la característica de su exteriorización, no es, en realidad, más que un medio de satisfacer un mandato de su alma noble y romántica, a cuyo imperativo obedecen todos sus actos, destacándose en su ya no corta existencia. Ese imperativo es un amor, un culto de todos los momentos y en todas las ocasiones a la patria, señora de sus pensamientos, dueña de su corazón, inspiradora de cuanto bueno, y es muchísimo, ha realizado, objetivo de sus vistas, fin a que tienden todos sus actos y todos sus esfuerzos.

Su ardiente patriotismo le ha impulsado; con ansias de sediento, ha visto en el periodismo el manantial en que podía saciarse y, como su sed no se extinguiera y cada día necesitase mayor caudal para satisfacerse, cada día ha continuado con mayor empeño, con más firme decisión y con más ardoroso empuje, consagrado a la tarea en que mejor podía servir los altísimos intereses de la patria, y al mismo tiempo los generales y particulares de la colectividad de que forma parte.

Tenemos, así, esos dos rasgos que distinguen por especialísimo modo la personalidad de Gomara: patriotismo acendrado e insuperable, que es el impulso; periodista distinguidísimo y brillante, que puede, por sus excepcionales condiciones de talento y de energía, realizar el fin a que aquel impulso tiende. Ni la fuerza que le mueve, ni la resultante de esa fuerza se han desmentido jamás, ni se han debilitado.

¿Y qué más es Gomara? Mejor pudiera preguntarse qué no es. Un cuerpo dominado por el espíritu a tal punto, que débil en su apariencia, sobre todo en anteriores tiempos, no cede al más robusto en decisión y en resistencia. El carácter suplió las deficiencias físicas, y no sólo las suplió, sino que las anuló y convirtió en vigoroso organismo. El mozo de aspecto delicado, sin más ayuda que los entusiasmos de su espíritu, vive la vida agitadaísima a que su natural le inclina, no considera nunca que haya de ser dominado por exigencias de salud, ni por previsiones de posibles desmedros en su físico, y llega a la edad en que muchos, que nada hicieron o que poco consumieron sus fuerzas, se sienten agotados, con los mismos ímpetus de siempre, con la misma despreocupación de cuanto a su conservación corporal atañe y conserva en su alma y cede a ellos, todos los generosos impulsos de su primera juventud. La edad de cada uno, dice un aforismo médico, es la edad de sus arterias. La edad de cada uno, mejor podría decirse, es la de sus ímpetus y sus bríos, y si así se considera a Gomara, éste se conserva en la primera juventud. Es el caso más maravilloso que yo conozco; es el único en quien he visto en mi ya larga vida mantener todas las ilusiones, abrigar las mismas confianzas, sentir los mismos anhelos, prodigar iguales energías, derrochar idénticos entusiasmos, acometer sin vacilaciones y sin reservas nuevas empresas, guiado y sostenido por una fe absoluta en su esfuerzo, que, a menudo, le ha conducido al éxito. Y luego, si éste no ha correspondido en toda su integridad al fin buscado, no amilanarse por eso; antes bien, encontrar en la contrariedad motivo de estímulo para nuevas y más importantes iniciativas.

Así es Gomara, y ese, sin duda, ha sido el secreto de sus éxitos: mirar con indiferencia el pasado, apenas pensar en el presente y abreviar en lo posible el futuro para tocar de inmediato los resultados y alcanzar el fin propuesto.

Jamás la adversidad le ha vencido. En su alma grande y fuerte se ha sentido superior al obstáculo, y, como canta el poeta, su descanso es pelear.

En esa actividad febril, que constituye la vida del gran español, nada le ha sido vedado. Con igual empuje ha acometido las más diversas empresas. Periodista, se destaca desde el primer día, y siendo el último incorporado a la redacción del diario en que inició su vida de prensa en Buenos Aires, cuando trágica muerte priva de su dirección al órgano de publicidad en que hiciera sus primeras armas, recoge al pie del cadáver la bandera, y continúa en la brecha sin mirar para atrás, sin pensar siquiera en las dificultades con que desde luego había de luchar. Y vence y la fortuna le sonríe, y el recién

llegado adquiere en un punto popularidad, conquista afectos nunca después entibiados, forja vinculaciones y su nombre y su persona son pronto tan bien conocidos como estimados y respetados.

En esa vida de continua agitación, de incesante batallar, no le bastan las columnas del diario para satisfacer las exigencias de su pluma, y el libro y el teatro le sirven para distraer los ocios de su espíritu. Sus producciones, en las que trata diversos y complejos temas, sobrarían para dar por bien empleada una vida. En aquel período en que, dominados todos por la fiebre de la especulación y de los negocios, eran contados los que dedicasen su actividad y su inteligencia a tareas que no ofreciesen la perspectiva de un provecho inmediato. Gomara se lanzaba a la obra literaria con el entusiasmo que ha puesto siempre en todo, y el público acogía con merecido y extraordinario favor sus producciones escénicas. Al mismo tiempo no podía sustraerse al ambiente que domina a cuantos en esta tierra vivían, y la fortuna le sonrió, la fortuna que en este caso se desprendió de la venda con que la pinta el mito, y tuvo el acierto de favorecer a quien tan digno era de ella. Pudo entonces, cuando realizó su primer viaje a la patria, cambiar sus rumbos, concederse el descanso bien ganado tras los años de intensa agitación que aquí había vivido, ceder a las sollicitaciones de deudos y amigos y entrar de lleno por la gran puerta, que se le abría de par en par, en el siempre tentador campo de la política, allí en nuestra tierra, en donde con sus condiciones de escritor y elocuente orador hubiera conseguido los más grandes éxitos. Hubiera sido aquél campo de acción tan propicio para sus dotes como lo fué éste; pero estaba ya dominado por el ideal que ha perseguido desde su llegada, y su presencia en la Argentina era necesaria para realizarlo.

Volvió, y volvió en los momentos en que todas las ilusiones de grandeza y todos los sueños de riqueza se derrumbaban. La catástrofe le alcanzó y la fortuna le abandonó, colocándole en situación de emprender de nuevo la difícil tarea de reconstruir lo que había perdido.

Ni contrariedades, ni reveses de fortuna, ni quebrantos de salud hicieron mella en su ánimo valiente y decidido. Y fué a Mendoza, desahuciado, a recobrar las fuerzas físicas, sin descuidar por eso su ideal, sin dejarse vencer por la adversidad. Allí desarrolló con su proverbial empeño en nuevas esferas de acción sus poderosas iniciativas y sin abandonar el periodismo, ni dejar enmohecer los puntos de la pluma, funda pueblos, cultiva los campos, instala industrias, y como aquí, pronto el recién llegado conquista, sin quererlo y sin proponérselo, la popularidad en que se traduce la aureola que rodea su nombre y la gratitud de los que se ven favorecidos por su acción.

Vuelve años más tarde a esta capital, en donde, contrariando la ley universal del olvido para los ausentes, ni compatriotas, ni amigos argentinos habían dejado de recordarle con el cariño sincero y profundo de los pasados tiempos. Otra vez en la brecha, funda *El Diario Español*, que por el solo prestigio de su nombre se abre paso desde el primer día, y que por su esfuerzo y por la patriótica orientación que le da adquiere de inmediato y aumenta y fortifica cada día su autoridad como único órgano de la colectividad española, y merece y obtiene la consideración y el respeto de todos los colegas argentinos y extranjeros.

Lo que ha hecho en estos últimos años todos lo saben. Ahí está entre sus más bellos éxitos aquel amplio indulto que abre las puertas de la patria

para tantos y tantos compatriotas que las tenían cerradas por el rigor de la ley.

Pero no hay por qué seguir destacando una personalidad que por sí propia se destaca, y a la que hacen justicia cuantos le conocen o conocen su obra. De mi parte sé decir que los largos años pasados a su lado me han permitido apreciar, posiblemente mejor que nadie, el extraordinario valer del hombre. No hablo del amigo, que para mí no lo es, sino un hermano. Ello no obsta a la sinceridad e independencia de mi juicio, que jamás he subordinado a pequeños ni grandes intereses. Creo que los que estamos en la situación en que yo estoy respecto a Gomara, los que hemos podido en todos los momentos aquilatar la nobleza de su alma, estimar sus excepcionales condiciones, sentir palpitar los anhelos de su espíritu amplio y generoso, podemos, sin reatos, proclamar nuestro pensamiento respecto al hombre que tan leal y empeñosamente ha servido a sus compatriotas, a España y a la Argentina. De todos merece plácemes y gratitud.

RAFAEL MANZANARES



Artigas, el Protector

«El primero en el tiempo, en el pensamiento y en la gloria.»

Sin el aspecto adusto de los jerifaltes de antaño, era, empero, airoso y marcial, como un guerrero de raza.

De estatura mediana y formas regulares, delgado y vigoroso, ágil a pie e infatigable a caballo, tenía la figura simpática que algunos expertos en psicología colectiva anotan en los fascinadores de muchedumbres.

Gran jinete de mozo, conservaba la misma intrepidez física en la edad adulta, y ya viejo, con muchos inviernos sobre los hombros, araba la tierra como un labriego de veinte años, la mano firme y el torso desnudo.

Bello de alma y de cuerpo, su cabeza caucásica, iluminada por un mirar noble y una sonrisa inteligente, realizaba ese tipo ideal de que habla Hegel, en que el espíritu domina mediante no sé qué majestad de la línea.

Negros o claros, pardos o azules, sus ojos—cuyo color no ha fijado aún para siempre la iconografía—reflejaban perpetuamente la vida interior, y el «olhar scintillante» que vió en ellos un joven oficial brasileño, es la misma mirada profética que percibieron las puebladas del Éxodo. No es el fuego sombrío que Voltaire nota en los ojos bajos de Francisco I, sino esa luz íntima, clara y pensativa, que aprecian los pintores que hacen brotar de la tela en los cuadros de Palas Athenea.

La boca—de labios finos, arqueados armónicamente—correspondía a esa que, perteneciendo a los planos más altos de la civilización, está hecha, según los estetas, «no para morder o para masticar, sino para hablar y para sonreír».

Tenía nariz aquilina, como los hidalgos de Valle-Inclán. Frente amplia—de curva serena—, levemente inclinada hacia atrás. Cabello negro y cutis blanco.

Vestía sin entorchados y sin alamares. Ni el oro del mando, ni la púrpura de los césares. No hubieran armonizado de otro modo la sencillez interna y la pompa exterior.

En el apogeo de su poder, cuando su cancillería desbordaba de no-

tas y sus ejércitos de soldados, cuando su campamento era el punto de mira de todos los pueblos platenses y partía de él la marea de una vasta política, Artigas encontraba excesivo el discreto lujo de su uniforme de blandengue.

Chaqueta azul, sin vivos ni vueltas—pantalón sencillo, zapato rústico y media de algodón, capote de bayeta y sombrero redondo—, era la indumentaria pobre y vieja de este fuerte soldado, vencedor de la muerte en la gloria de su Meseta.

Tres sillas modestas y una mesa de pino era todo el mobiliario de su despacho. Dos o tres platos de loza, una fuente de bordes despegados, una taza y cuatro cucharas de hierro—ni vasos de vidrio, ni tenedores, ni cuchillos—era el boato de su comedor. Asado, caldo, guiso, vino y pan negro era el «menú» de sus festines.

No sabía de galas este formidable sembrador de virtudes. Le bastaban su sable corvo y su caballo piafante. Y en la hora última una mano desnuda para dar o para bendecir.

Por lo demás era un perfecto caballero el ogro irascible de las mentidas historias trasplatinas, y la más exquisita urbanidad se hermanaba con la impresionante sencillez de sus maneras. «Brave and galant», como se dijo de él en el Congreso de Wáshington.

Hospitalario a la antigua usanza castellana, sabía compartir cordialmente su pan y su vino.

Hablaba en voz queda y pausada; pero esta discreción en el decir no conseguía velar su carácter abierto, accesible y jovial.

Enemigo de los razonamientos largos para las cosas breves, y amo de la lógica, en los actos y en las ideas, gustaba reducir a pocas palabras las más difíciles cuestiones.

Escribía como hablaba, concretando los temas, con frases precisas y seguras, y si alguna vez pagó tributo al gusto literario de la época, no cayó nunca, sin embargo, en la esterilidad de los retóricos.

Hizo frases grandes y bellas, sin quererlo ni pensarlo. Más grandes y más bellas cuanto más simples y espontáneas.

Fué artista por la fuerza de la idea más que por el cuidado del estilo, y sus arengas y sus notas pudieran figurar, a buen derecho, en las antologías.

Tenía, sobre todo, la rara facultad de hacerse comprender sin esfuerzo, y su lenguaje llegaba con soltura al corazón de todos: primera condición de caudillo.

Indio o blandengue, gaucho o ciudadano, todos penetraban su idioma. Su prestigio era un culto. Por allí pasó el espíritu de las mitologías.

Como fué artista instintivo, fué estadista práctico; sin libros ni academias.

A solas consigo mismo y a la luz de su «tino extraordinario» concibió su Política.

Lejos de la utopía, fuera de las ciudades irreales de antiguos visionarios, plasmó sus Instrucciones, al calor de los soles nativos.

Su arte de gobernar, como su estrategia y su literatura, nacieron en la acción, en labor de epopeyas. «El hombre, como el hierro—dice Clemenceau—, tiene que ser forjado.»

Segura de sí misma, consciente de su misión y de su camino, su mentalidad poderosa, extraña y genial, tiene un rasgo que la individualiza en la historia: es la continuidad de su psicología.

Y ese carácter primario de su espíritu es lo que simplifica la comprensión de su papel histórico, ya que, vislumbrados los conceptos orientadores de su acción inicial, se comprende el desarrollo futuro de sus pensamientos exteriorizados en actos.

La lógica más absoluta, en todas las manifestaciones de su vida—por grandes que fueran las diferencias de espacio y de tiempo—, preside la evolución de sus ideas y la marcha concomitante de su actuación privada o pública.

Es fácil así seguir el hilo histórico—la «serie» como diría Xéno-pol—que lleva desde el brioso teniente de Blandengues, protector de vidas y haciendas en la vastedad de las primitivas estancias, azote de cuatrerros y de foragidos, hasta el caudillo regional protector de los derechos individuales y políticos de su pueblo rebelde; desde el pastor de muchedumbres, patriarca federal y republicano, protector de provincias autónomas, hasta el viejo derrotado por el tiempo y la guerra, protector de los pobres, padre de los desheredados, providencia en forma de hombre, que hace crecer las mieses para distribuirlas entre los desvalidos, y de cuyas manos briosas, que portaron la espada del héroe, llueve la piedad consolante y la limosna reparadora.

En el campo emotivo, es el mismo espíritu el que lamenta el año XI el desgarramiento del exilio; el que evoca el año XIII el dolor de las mujeres y el llanto de los niños; el que llora el año XV la defección de sus amigos y mitiga la desgracia de sus enemigos; el que se duele de la pobreza de sus coterráneos, de la indigencia de su padre, de la noche mental de su esposa; y el que el año XX, al «hundirse en la sombra», remite un puñado de oro a sus soldados prisioneros en una isla fatal, del otro lado del continente, separados de él por el espacio y el silencio, por selvas intactas y montañas hostiles, pero unidos a él por el ideal, por el sacrificio y por la esperanza...

En el orden de las ideas, el que insinúa la autonomía regional y la consiguiente federación de pueblos, desde el Ayuí; es el que las manifiesta categóricamente en el Congreso de Abril, en el fracasado convenio de Paysandú, en la Asamblea del Uruguay, ante los farsaicos tratados del Pilar, y el que en los últimos años de su vida los ratifica ante los enviados de Rosas y ante el manco glorioso de la Defensa.

Esta persistencia en los sentimientos, en las ideas y hasta en las pasiones en el alma de Artigas—esta identidad individual que diría Tar-

de—, puede concretarse en una afirmación que muestra el eje primario del carácter del Héroe: Artigas fué siempre igual a sí mismo.

No sé si D'Annunzio, que exhumó como norma vital el «renuévate» de Marco Aurelio—quizá sin saberlo—, en su divisa «renovarse o morir», o José Enrique Rodó, que hizo de una proposición parecida algo así como la idea culminante de su último libro, encontrarán contrario a la vida, que es mudanza y es cambio, ese rasgo director que yo descubro tras las pupilas del gran perseguido.

Pero yo sé decir que nada tendría de hermoso, de augural, ni de futurista—en el sentido que da al término Gabriel Alomar—, ese concepto de renovación perpetua, si no hiciera excepción en el caso de las formas superiores del espíritu, de las modalidades exquisitas que marcan la etapa final del altruísmo sistematizado.

Ser constante en la piedad, en la sobriedad, en el desprendimiento, en la honradez, en la justicia, en la verdad y en el heroísmo—ser inadaptado, inactual, indócil a las sollicitaciones del ambiente, sordo al instinto de la propia conservación, inflexible ante la flexibilidad coetánea—; tener una caparazón de hosquedad y de desdén, para lo que cambia pero no se mejora—quedar intacto en la desnudez de sus virtudes, como un joven apólida en la pulcritud de su plinto—, es ser sencillamente un super espíritu, haber caminado muchos siglos hacia el hombre futuro, y, rebelde a la fluctuación de los tiempos, no perder ni un minuto su lugar en la gloria.

Sobriedad, piedad, desprendimiento, honradez, justicia, verdad y heroísmo, han sido, en efecto, las virtudes cardinales de este gran capitán, guía de muchedumbres, salvador y profeta, buen caminante que marcó con laurel cada jornada, como otrora marcaran los abuelos argonautas la angustia de cada singladura.

Artigas no fué un general victorioso de la estirpe de Alejandro Magno, ni un político afortunado de la escuela de Bismarck. El final de sus campañas fué la derrota y de su política la irremediable caída.

Sus ideas son más grandes que sus batallas, y sus virtudes son más grandes que sus ideas. El triunfo póstumo es más amplio que lo que hubiera sido el éxito inmediato; más amplio y más definitivo.

Artigas no necesita para su consagración en el tiempo la suntuosidad de estatuas marmóreas, cinceladas por manos mercenarias, que no lo comprendan ni lo sientan.

No le fuera, en cambio, ingrato el recuerdo consciente de las nuevas generaciones, levantadas a la inquietud de la vida por el esfuerzo de sus soldados muertos.

Pero lo que, con seguridad, fuera halagador a su espíritu—si pudiera estar presente en la hora de las apoteosis—, sería el saber que se mira en él, más que al general, más que al político, más que al jefe de pueblos y conductor de leones, al hombre pleno, padrón de héroes, tipo de raza, resumen de virtudes, superior a los tiempos, como aquel

clásico Catón, majestuoso e inmóvil en el desplazamiento de los siglos.

La obra política de Artigas—obra de sabio innato y de instintivo estadista—, profética y fecunda, como que engendró cuatro repúblicas, es, con todo, inferior a su ejemplo moral, a su enseñanza humana, a la inflexible virtud de su vida de apóstol.

Pacificador, Fundador, Protector, fué siempre, ante todo y por encima de todo, Padre de los pobres y Providencia de los desamparados.

Vida de virtud y de protección es la vida de Artigas.

El clamor de los campesinos en la época prerrevolucionaria, pidiendo la ayuda del teniente Artigas contra el malón gaucho o charrúa—es idéntico al ulular de las muchedumbres junto a la carpa del caudillo, en la angustia del Éxodo—, al grito anhelante de las Provincias solicitando amparo contra la dictadura bonaerense, frente al campamento del Hervidero—al musitar de los indios a lo largo de los caminos implorando la bendición de Artigas vencido—, y es el mismo rumor medicante que rodeara treinta años al patriarca exilado, fuera del mundo pero cerca de los hombres.

La muerte ha de haberlo sorprendido en su habitual actitud laboriosa, abriendo el surco, como antiguo sembrador.

Artigas, como los viejos emperadores, ha de haber muerto de pie.

Dios lar de su comarca, su sombra augusta moró, sin duda, largamente entre las frondas.

Su vida—como las fablas de Castilla—tiene piedad y nostalgia y sabor arcaico y «aroma de leyenda».

HÉCTOR MIRANDA

(Uruguayo.)



Germen de gloria

LA FUERZA INICIAL

¡Cuatro gloriosos «pasos de los Andes» han humillado sus nevadas cumbres! Cuatro veces la inmortalidad ha reflejado su nimbo en el cristal de sus diamantinas escarchas!

Fué el primer paso a pie; el de los cuatro aventureros de la epopeya conquistadora, que del Perú vinieron sin más ayuda que su propio impulso, ni más brújula que sus corazones, ni más esperanza que la Providencia.

¡Asombrosa lucha del átomo con el infinito!

Fué el segundo paso, a caballo, por San Martín; guiando a sus granaderos, que llevaban la emancipación a pueblos desgajados del tronco ancestral, para multiplicar en libres hogares la sangre y caracteres de la raza.

Fué el tercero el del ferrocarril, rasgando las entrañas de la cumbre para dejar libre corriente, al raudal del comercio y riqueza.

Y el cuarto en aeroplano, dominando las nubes; poniendo, como si del cielo descendiera el sello definitivo y triunfal de la inteligencia humana, sobre todos los elementos de la naturaleza, sometidos al dominio y servicio del progresos.

Pero el germen de tanta victoria, la fuerza inicial de tanta proeza, la causa de tanto beneficio y admirable ejemplo, vinieron en las plantas de los primeros heroicos peatones castellanos, que marcaron el camino y abrieron el surco con brío sobrehumano; porque no lucen al sol flores y frutos sin que una modesta semilla se haya hundido en la tierra y una, obscurecida, pero robusta raíz nutra las ramas con vigorosa savia.

J. LÓPEZ DE GOMARA



La República Dominicana

Su situación actual

Al testimonio que del Sr. E. Mason, miembro de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de Norteamérica, transcribimos en nuestro número anterior, sumamos hoy otro bien elocuente y bien autorizado, el del respetable ex Presidente de aquella República, Arzobispo de Santo Domingo. Se trata de una carta ha poco dirigida por el honorable Prelado al Ministro de los Estados Unidos en Santo Domingo.

Desea usted conocer mis impresiones acerca del estado general del país. Creo no equivocarme al asegurarle que su estado general es próspero. El trabajo individual es intenso. Al cultivo de la tierra ha respondido pródiga la Naturaleza con buenas cosechas; el alto precio para nuestros frutos se ha mantenido en el exterior, lo que ha sido causa de que nuestros agricultores se hayan repuesto de los perjuicios sufridos en años anteriores. La paz reina en todo el país; el pueblo dominicano reconoce los beneficios de esa paz; pero ese pueblo comienza ya a creer que no le será posible continuar indefinidamente en un estado de cosas en el cual no puede disponer libremente del fruto de su trabajo, y, por consiguiente, caer a la larga en un estado de verdadera esclavitud.

El pueblo ha sufrido si no conforme, al menos resignado, el sonrojo y el peso de una intervención. Ha sufrido sentencias de tribunales prevostales en asuntos completamente civiles, cuando, según la proclama del Almirante Knapp, ese tribunal debía conocer solamente de asuntos militares. Ha cumplido sentencias en un tribunal (el de reclamaciones) que falla soberanamente sin derecho alguno a la apelación...

El pueblo reconoce la necesidad de pagar impuestos directos sobre la propiedad territorial; pero no puede conformarse con algunos preceptos injustos de una ley casi incomprensible por lo compleja y de difícilísima aplicación práctica.

El pueblo ha soportado pacientemente que, desde hace varios años, una parte de los seis millones de pesos que se le obligó a contratar cuando se celebró la convención, diz que para fomentar sus riquezas, se haya invertido en sueldos lujosísimos de empleados innecesarios y en verdaderas correrías automovilísticas de los familiares de empleados y directores. La Oficina de Obras Públicas es considerada por el pueblo como verdadera válvula de

escape por donde se ha ido y se va gran parte del dinero del pueblo destinado a caminos, puentes, etc. Esa Oficina, según tengo entendido, se instituyó porque se creyó que en Santo Domingo ni había profesionales aptos para dirigir los trabajos ni hombres honrados para administrar los fondos; pero en la práctica ha resultado que la actual dirección científica de Obras Públicas tiene menor capacidad técnica que cualquiera de nuestros **maestros de obras**, y la administración de los fondos corre tanto o mayor peligro como si estuviese en manos de algunos de nuestros especuladores, según las versiones que corren, porque el sistema de recompensas por servicios prestados en la política interior eleccionaria allá en los Estados Unidos diz que así lo exige.

El pueblo ha soportado por espacio de tres años una censura para la Prensa, no solamente humillante y despectiva, sino también ridícula y pueril. Yo recuerdo haber visto un artículo científico observado por un censor, con su sello y firma, prohibiendo su publicación porque el autor de dicho artículo decía: «Kant, el gran pensador alemán, padre de la filosofía moderna, no puede considerarse inferior a Aristóteles y a Platón, etc...» La guerra había estallado ya contra Alemania, y aquél infeliz censor creyó tal vez que el elogio tributado al gran filósofo alemán podría causar la derrota de los ejércitos aliados.

Un sacerdote español, de conducta ejemplar, que desempeñaba la cura de almas de Sánchez, fué reducido a prisión, incomunicado, encerrado en Samaná en inhumano calabozo, en donde permaneció cerca de seis meses, por el solo hecho de haber elogiado en una discusión de sobremesa, en el hotel donde se hospedaba, y mucho antes de entrar los Estados Unidos en la guerra, el valor y la organización del ejército alemán.

El pueblo dominicano en verdad que en sus conmociones políticas presenció más de una vez injustas persecuciones, atropellos a los derechos individuales, sumarios, fusilamientos, etc...; pero jamás supo del tormento del agua, de la cremación de mujeres y niños, del tortor de la soga, de la caza de hombres en la sabana como si fueran animales salvajes, ni del arrastre de un anciano septuagenario a la cola de un caballo a plena luz meridiana en la plaza de Hato Mayor.

Nosotros, no lo niego, conocíamos el fraude en los negocios y el robo al detalle en los fondos públicos; pero con la ayuda y las lecciones de varios extranjeros, nos perfeccionamos en el arte del engaño y en las dilapidaciones al por mayor.

Un Cónsul americano, allá por el año 1887, nos enseñó a asegurar buques cargados de leña inservible como si fuera cargamento de buena caoba, los cuales se perdían en nuestros puertos sin que la más ligera brisa encrespara las aguas del Mar Caribe.

La gavillería era entre nosotros planta exótica; ella ha sido implantada últimamente y patrocinada en varias ocasiones por algunos extranjeros que prosperaban más fácilmente en sus negocios con nuestro antiguo régimen criollo.

La Guardia Nacional no ha tenido todavía ni buena selección ni una dirección adecuada. Esa institución, única garantía de la sociedad, debiera ser comandada por hombres de mayor altura.

Afortunadamente, los jefes superiores del Gobierno militar se esfuerzan en rectificar errores y en impedir que se repitan los horrores pasados. He

conocido muchos oficiales y empleados americanos que por su ilustración y corrección ilustran a su país. Pero usted comprenderá que en la imaginación del pueblo perduran por más tiempo los efectos de una injusticia y de un atropello que las consecuencias de mil acciones buenas y ajustadas a la ley.

Yo no dudo que si se estudian bien los tres memoriales de la Junta Consultiva presentados al Gobierno Militar; si el Gobierno americano saca a este pueblo de la incertidumbre en que vive acerca de sus futuros destinos y se habla con toda claridad acerca de sus presentes condiciones, si logra mantener dentro de límites racionales las aspiraciones del capital y se moderan los apetitos injustos de especuladores sin escrúpulos ni conciencia y se le convence de que sus sacrificios y heroísmos sufridos hace setenta y cinco años por obtener su libertad y el decoro de gobernarse independientemente, como lo obtuvo entonces de todas las naciones civilizadas del mundo, no serán infructuosos, ese pueblo llegará a ser un amigo sincero y agradecido del gran pueblo de Lincoln y Washington.

ADOLFO A. NOUEL.

Arzobispo de Santo Domingo.



Por qué Cristóbal Colón pasó a España

Crítica de los acontecimientos que precedieron el descubri- miento del Nuevo Mundo : : :

Cristóbal Colón pasó a España hacia el año de 1472 para no volver ya a su patria, sencillamente porque Andalucía y Sevilla fueron por entonces una suerte de *ensanche* marítimo y mercantil del genovesado y de Génova, sin que tuviesen que ver con su determinación proyectos de descubrimientos de nuevas tierras que no tuvieron por qué haberse formado en su mente en aquella temprana época de su vida, que coincidía con los comienzos de su carrera de marino.



La idea que dió por resultado el descubrimiento del Nuevo Mundo brotó, años más tarde, en tierras de Portugal, las Azores o España; en cualquier parte menos en Génova.



Yendo a España, el futuro descubridor recorrió sin mayor preocupación —sin que su «sino» hubiese cobrado alas, como alguna vez se expresó Castellar— un camino que antes que él habían recorrido centenares de maestros de galeotas, cocas, fustas y jabeques genoveses, y que otros centenares recorrerían en lo sucesivo, atentos únicamente a las contingencias de su *negocio* de gente de mar.



Queremos decir que Cristóbal Colón, hombre de mar, fué a España sin mayor pretensión *inmediata* que mandar una que otra nave mercante perteneciente a gente de su nación, establecida en Sevilla.



Al llevar a cabo aquella determinación, el futuro descubridor recorrió de hecho un camino *trillado* de genoveses, toscanos, romanos y lombardos —gente de espada, de hábito talar y de negocios— desde los días en que don Pelayo inició la reconquista del territorio español.



A mediados del siglo xv España intentaba su último esfuerzo por arrojar

a los sarracenos de esa próspera y florida Andalucía, cuya pérdida continúan lamentando los poetas de Islám, en Marruecos, Túnez y Constantinopla, en sus estrofas sonoras y quejumbrosas.



De las diferentes provincias del mundo musulmán enviábanse a prisa en flotas tunecinas y marroquíes refuerzos de toda índole a Granada, Ronda y Almería, estrechadas por las huestes cristianas, a tiempo que de las naciones occidentales puestas en contacto con el Mediterráneo se hacía igual cosa en favor de los sitiadores, utilizando para el caso naves genovesas y pisanas.



De los caballeros franceses, italianos e ingleses que participaron de aquella suprema cruzada de la cristiandad, los que no perdieron en ella la vida acabaron por establecerse en el país y mezclar su sangre dentro del círculo de las familias del señorío local.



De heroicos aventureros de esta categoría, las historias españolas recuerdan a un conde Anglo, o Angulo, o *inglés*; deudo de los condes de Normandía, a un Mossén Claquit; deudo de Carlos Martel, el que derrotó a los moros en la batalla de Poitiers y los arrojó del Mediodía de Francia; a un Jauffré, *Joffre*, o Jofré de Loayza; a un conde Pecci, natural de Sena en Toscana, que antójasenos antepasado de la santidad de León XIII; a un Acciaiuoli, gentil-hombre florentino, que pobló en la isla de Madera por los reyes de Portugal; a un Marteli, caballero florentino, que pobló en Alcaraz; a un Bottolo, milanés; a un Gabriel Condelmari, veneciano; a un Raimundo de Tarsis, de la casa condal de los Tarsis de Bérgamo.



La repercusión que los sucesos de España que acabamos de rememorar tuvieron en la riqueza pública y privada de las ciudades italianas bañadas por el Mediterráneo, no ha sido comprendida por los escritores italianos, quienes demuestran en más de una de sus narraciones no conocer a fondo la historia de España, como si entre ésta e Italia existiese una distancia geográfica y racial mucho mayor de la que en realidad existe.



Al explicar la opulencia de Génova, ciudad de mármoles y palacios, sus historiadores se atienen de buena fe «*ai traffici col lontano oriente*», o sea a las relaciones comerciales de su ciudad natal con las plazas de Turquía y el Asia Menor, plazas sobradamente alambicadas, según nosotros, para dar de sí semejantes resultados, dominadas cual estuvieron por el elemento comercial local, compuesto de sirianos, griegos, coptos y judíos, más listos, si cabe, que la gente genovesa.



Dos series de acontecimientos históricos, según nuestro modo de pensar, favorecieron el enriquecimiento de Génova: las Cruzadas, que prácticamente echaron sobre los muelles de su puerto a media Europa central en demanda de pasaje para los puertos de Siria, y la reconquista española.

En ambas ocasiones estuvo en condición de medrar el dueño de naves en que poner a buen recaudo las riquezas conquistadas a sangre y fuego por el hombre de guerra en el saco de maravillosas ciudades árabes, rescatadas a vil precio por el mercader.

De aquella época verdaderamente trágica de la historia de España es el término árabe español «barato», padre de baratura, baratear, malbaratear, baratero, baratería y baratillo.

El *barato* español no es el *bon marché* francés, ni el *buon prezzo* italiano, ni el *cheap* inglés.

Comprar *de barato* significó comprar por menos de su justo valor, pongamos por caso el botín conquistado en una plaza tomada por asalto.

Nada decimos de lo que ocurrió en Andalucía en los tiempos posteriores a Colón, cuando las minas de Méjico y el Perú comenzaron a vaciar sus riquezas en las cajas de la *Casa de Contratación*, de Sevilla, único puerto español habilitado para comerciar con estas Indias, y, por otra parte, término de la navegación de los genoveses ya mentados.

Más aprovecharon, a la postre, de aquellas ingentes riquezas, por manos de sus factores, banqueros, mercaderes y artífices de toda categoría, las ciudades italianas, y en especial Génova, que España y sus vetustas ciudades, sobre las que parece continuar flotando una atmósfera de pobreza vergonzante que oprime el espíritu de quien las ve.

Los reyes de España—es cosa sabida—estuvieron siempre apurados de dinero, y España, con todo el oro del rescate de Atahualpa y la plata de Potosí, no alcanzó a remozar a sus ciudades «*étranges et surannée*s», a tiempo que Génova, Pisa, Florencia y Venecia, henchidas de bienandanza, máximamente ganada en Andalucía, se cubrían de palacios suntuosos cuyas salas decoraron Cambiaso, Vesari, Tiépolo y el Verouese.

Cuando Colón partió a España—puede que en las carabelas de los Cúneo de Saona, de quienes fué particular amigo y de los que Miguel lo acompañó en su segundo viaje al nuevo mundo, al mundo de una nave propia con la que reconoció el Sur de la isla Fernandina o de Cuba, y descubrió la isla que lleva el nombre de su mencionada ciudad natal—existía en Sevilla una *calle de Genoveses* en el centro de un barrio habitado por súbditos del común de Génova, provisto de iglesia, lonja y consulado propios, favorecido por una serie de privilegios concedidos por los reyes españoles, comenzando por Don Alfonso el Santo.



Aquella fué, a no dudarlo, la primera *pasana* del futuro descubridor.



Cada veinte años después, al cabo de una sucesión de viajes a las Canarias, costa de Africa, Inglaterra, Portugal y las Azores, uno de cuyos incidentes fué el conocimiento de los papeles de su futuro suegro Bartolomé de Perestrello, confidente que había sido del piloto portugués llegado en derrota de aquellas islas con el convencimiento de haber divisado el perfil de nuevas tierras durante una tempestad que le arrebatara muchas millas hacia Occidente, se apoderó de su cerebro la idea que le deparó la inmortalidad, la amistad de sus compatriotas del barrio comercial no pudo serle de mayor provecho; pues para dar vida a aquella idea era menester realizar una hazaña imposible de llevarse a efecto sin la venia y protección de la realeza.



De consiguiente, convíncle acudir a más altos empeños, queremos decir al apoyo moral de la nobleza genovesa, establecida desde siglos atrás en Andalucía y relacionada con los más altos linajes españoles, entre los cuales los reyes solían elegir a sus más allegados consejeros.



Aquella nobleza hispano-italica fué mucho más numerosa e importante de lo que se podría creer.



Sus fundadores habían intervenido por España, en el año 1143 en la conquista de Menorca, en el de 1147 en la de Almería, que fué donde sus capitanes hallaron el vaso de esmeralda o *santo grial*, que se venera en la catedral de Génova, vaso que, según una piadosa tradición, usó Jesús en la última cena y en el que José de Arimatea recogió un tanto de su preciosa sangre, con todo que los historiadores genoveses lo den por conquistado por Guillermo Embriaco en la toma de Cesarea.



En la conquista de Sevilla, si hemos de extendernos sobre este tema he-

roico y pintoresco, se hallaron un Micér Humberto Manfredi, sobrino del Papa Inocencio IV, perteneciente a la poderosa casa de los Fieschi, condes de Lavaña, y un Micér Ciro Gallardo, de igual manera genovés.



En lade Tarifa, Micér Benedicto Zacarías sirvió al Rey Don Sancho el Bravo en calidad de almirante de Castilla, y recibió en premio de sus servicios la villa de Santa María del Puerto, cuyo título tomaron sus sucesores los condes de Santa María, que más tarde poblaron en Jerez de la Frontera.

Micér Manuel Pisano fué almirante de los reyes de Portugal.

Agréguense a tan honrosa compañía los siguientes:

Los Adorno, vecinos de Sevilla.

Los Salucio, vecinos de Jerez.

Los Lecca, descendientes de los emperadores de Constantinopla, vecinos de Sevilla.

Los Tenorio, oriundos corsos, vecinos de Sevilla, de los que salió el «bur-lador», inmortalizado por Zorrilla.

Los Seminario, de igual manera oriundos corsos, rama de los príncipes Colonna, romanos.

Los Catano o Cattaneo, vecinos de Sevilla.

Los Doria, vecinos de Cartagena.

Los Centurión, marqueses españoles de la Estepa, vecinos de Sevilla.

Los Demarinis, vecinos de Córdoba.

Los Mario, vecinos de Sevilla.

Los Salvago, vecinos de Sevilla.

Los Negrón, vecinos de Granada.

Los Pinelo, vecinos de Sevilla.

Los Espíndola o Spínola, vecinos de Sevilla.

Los Pallavicini, vecinos de Sevilla.

Los Rospigliosi, vecinos de Madrid.

Los Durazzo, vecinos del Generalife.



Con tan poderoso *reclamo*, puesto a cortos días de navegación de los puestos de Génova y Savona, ¿cómo había de resignarse Colón a envejecerse en su tierra natal, de vida tasada y mediocre, y no ir, por el contrario, sobre un camino trillado por los de su nación hacia una tierra de promisión, llamada a premiar sus merecimientos más allá de sus más caras ambiciones...?

Adonde otros fueron y triunfaron, él fué con no menos ánimo ni con no menores bríos.

...¡Dios diría...!



Esta fué, según nuestro entender, la razón detenida, o si se quiere, la *filosofía* de la ida de Colón a España, por los años de 1472, siendo de veintiséis años de edad.

R. CÚNEO-VIDAL.

Del Instituto Histórico del Perú.

MEXICO

Ante todo, unimos a la expresión de nuestro más profundo sentimiento por ver nuevamente a México sumido, ¡sabe Dios por cuánto tiempo!, en la guerra civil, la protesta más enérgica por el asesinato del Presidente de la nación hermana, Excmo. Sr. D. Venustiano Carranza.

Las ambiciones desenfadadas de los aspirantes a la Presidencia de la República suelen ser la causa real de las revoluciones mexicanas que se vienen sucediendo, y la aparente, la defensa de la libertad y de la democracia. De los móviles ocultos que puedan provocarlas y sostenerlas, nada nos es dable decir, porque los rumores que circulan y aun los libros y revistas que los proclaman no aducen pruebas irrecusables en que basar acusaciones concretas.

El General Carranza daba la impresión de haber llegado a reinstaurar en México la paz; sus intenciones como primer Magistrado de la Nación parecían sinceramente honradas y su gestión desinteresada y patriótica.

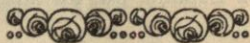
Dios le habrá juzgado, como antes juzgaría a Madero, vilmente asesinado también.

Entretanto, sigue siendo factor en la vida militar y política mexicana el llamado General Villa, siempre acorralado, siempre amenazado y siempre perfectamente pertrechado de armas y municiones suficientes para servir quién sabe qué aspiraciones, y persiguiendo quién sabe qué fines.

Y a la vez que surgen generales y generales que se suceden en el mando de los bandos que ensangrientan la tierra mexicana, y desprestigian a México, en el exterior, dañando su crédito y entorpeciendo seriamente su comercio, el pueblo contempla con creciente indiferencia las luchas entre unos y otros... y otros, pues cada día aparece un bando nuevo y un pretendiente flamante dispuesto a luchar con cuantos se presenten, y sin otra mira, según él, que la de hacer la felicidad de la patria.

Elevamos votos fervientes por la paz y el bienestar moral y material de la hermosa República hispanoamericana; la de los valiosos yacimientos petrolíferos; la vecina de los Yaukes.

ANDRÉS PANDO



UN ILUSTRE CHILENO HABLA EN HONOR DE ESPAÑA

La colonia española de Santiago de Chile ofreció recientemente, en el local del Centro Español, una simpática velada en honor del señor don E. Nercasseau y Morán, nuestro distinguido consocio, que, desde la muerte del inolvidable D. Antonio Montero, se halla al frente del Centro de la *Unión Ibero-Americana*, de Chile.

Numerosa concurrencia, entre la que se encontraban los señores ministro y cónsul de España, llenaba totalmente la sala de actos de la institución, que había sido artísticamente engalanada.

Se inició el festejo con la ejecución de la Marcha Real y del himno patrio chileno, que fueron escuchados de pie por los concurrentes.

Acto seguido ofreció la manifestación el presidente del Centro Español, D. Cirilo González, dando a conocer los motivos de este homenaje al ilustre chileno que tan reiteradamente tiene demostrado su amor a España.

El Sr. Nercasseau y Morán contestó en los siguientes términos:

«Verdaderamente, señor ministro, señoras y señores, que si alguna vez ha habido desproporción entre el merecimiento y el premio otorgado, esa vez es la hora de éstos, en que la colectividad española de Santiago, representada por todos sus elementos, me rinde este homenaje tan espléndido, como acreedor a mi cordial y perdurable reconocimiento.

Atacada un día la honra y la dignidad de España, no vacilé, sin consultarme con nadie, solo y espontáneo, en salir a defenderla en el propio diario donde el ataque procedía, de un formidable contradictor. ¿Quién de vosotros no habría hecho lo mismo?

Fuera menester ser un hijo descastado para no velar por el nombre de la madre; y ¡qué madre, señores!

Nosotros, los americanos, como vosotros, los nacidos en la tierra de Don Pelayo y los Alfonsos, nos gloriamos con ser hijos de esa España que trajo a estos países, por su esfuerzo descubiertos, la luz de la cristiana civilización y el tesoro inestimable de su lengua.

Cuando vamos pasando las hojas de su larguísima historia, casi tan antigua como el mundo, consideramos antepasados nuestros a aquel puñado de héroes que en Sagunto y en Numancia venció dos veces al astuto cartaginés y al fortísimo romano; el mismo puñado de héroes que, con las ruinas de Santa Engracia y las acribilladas tapias de Zaragoza, está demostrando al mundo de hoy día que la sangre española no degenera ni desdice jamás de ese antiguo vigor que hace tantos siglos la inmortalizó en los fastos de la historia.

En la España caballeresca nos reconocemos también en esos fieros almogávares, y en ese Rodrigo de Vivar, y en ese Guzmán el Bueno, que reconquistaron palmo a palmo el perdido territorio hasta que las cruces de Isabel tremolaron en ese palacio, sueño de las huríes, que se llama la Alhambra.

Nuestras son las glorias de Cortés y de Pizarro, que con su espada vencedora derribaron dos poderosos imperios, y tallaron, como si fuera en la roca de piedra de los siglos, una epopeya tan estupenda, que no parece hecha para la historia, sino para las náticas leyendas del árabe Antar.

¡Sí! Hijos somos de esa España, cuyos corceles de guerra, bajo el pendón imperial de Carlos V, así bebían las aguas del Tiber como las del Ródano o del Rin; de esa España, cuya marina, sobrehumana en la paz a las órdenes de Colón, triunfó en la guerra con soberana gloria, y con Don Juan de Austria, en las aguas de Lepanto, y se hundió, con más gloria todavía, en la jornada de Trafalgar.

¿Cómo no hemos de enorgullecernos de semejante madre, y cómo no hemos de salir a la defensa de su nombre y de su honra, más que si se hubiera tocado nuestro propio nombre y nuestra propia honra?

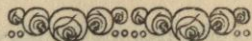
Herederos de su idioma, ese músico lenguaje, nacido en Cangas de Onís, y desenvuelto en Medinaceli y Burgos, en los cantares, únicos en la tierra, del Romancero Castellano, es nuestra también la lengua portentosa a que dió su nombre ese «ciudadano del mundo» que se llamaba Cervantes, y que, desaparecida el habla de los antiguos griegos, es la más rica y armoniosa de cuantas se oyen baje el sol.

Gracias a este legado de imponderable valor, y que es la característica y la ejecutoria de nuestra filiación española, disfrutamos, como de propio bien, de las creaciones maravillosas del «monstruo de la Naturaleza», del «Fénix de los Ingenios», de Lope de Vega; y a él, gracias, los hijos de las musas hispanoamericanas pueden templar el acero de sus lirás en el yunque que dejaron en sus Garcilaso y Calderón, altísimos poetas, que han aparecido redivivos en las estrofas de Quintana, de Núñez de Arce y Echegaray, estrofas en que se han inspirado vates americanos de la excelsitud de Matta, de la Barra, Concha, Castillo y Zorriilla de San Martín.

Con este acero magnífico de históricas tradiciones y de literarias glorias, sólo espíritus ignotos y estrechos pueden no sentirse envanecidos de poder ser llamados españoles.

Y hoy, que la Madre Patria revive opulenta y feliz, satisfecha de su ayer y esperanzada justamente en el porvenir; hoy que rige sus destinos un valeroso monarca que puede lograr que otra vez la bandera de la vieja Iberia, como en los pasados tiempos, dé sombra al sol; hoy, más que nunca, las jóvenes naciones de la América latina pueden volver a ella sus ojos, como los hijos a los de su madre, seguras de encontrar en su ubérrimo seno tesoros de amor y de experiencia, ya que es ella espejo de virtudes y arca abierta de no soñadas grandezas.

Por eso yo, en nombre de todos los chilenos, seguro de no ser de nadie desmentido, y a la vista del mañana grandioso que está alboreando para la Madre Patria, invito a cuantos me escuchan a decir, desde el fondo del alma y con cordial entusiasmo: ¡Viva España!



Libros nacionales y extranjeros

Miguel Jerónimo Gutiérrez, semblanza, por *M. García Garófalo*. Villal-
clara, 1919.

La biografía es género familiar para el Sr. Garófalo. En este folletito no hace una extensa descripción de la vida del poeta y revolucionario cubano Miguel Jerónimo Gutiérrez, pero nos presenta con las enérgicas líneas del boceto los rasgos más salientes del benemérito hijo de Villalclara, que murió peleando por su patria.

* * *

Por los recodos del camino, versos, de *J. Albertazzi Avendaño*. San José
de Costa Rica, 1919.

Para los que buscamos en la poesía el fondo, sin que esto indique menosprecio hacia la forma, los versos del Sr. Avendaño han de parecernos excelentes. En efecto; todas las composiciones que forman este pequeño tomo de poesías encierran un pensamiento profundo, una idea inquietante, algo, en fin, que nos hace reflexionar sobre lo leído. No son esas «sonoras bagatelas» que, si halagan al oído cuando se leen, pasan y se olvidan sin dejar rastro en nuestra alma. Además, el Sr. Albertazzi Avendaño canta a los humildes, a los que sufren, y tiene en sus versos un fondo de bondad encantadora. Véase:

UNICO ANHELO

Suerte, yo no mendigo poderíos,
ni glorias, ni fortuna, ni esplendores;
quédense para otros los honores
de seguir al renombre en sus desvíos.

Son muy modestos los anhelos míos:
cuidar en mi jardín mis propias flores
y cultivar, callado, mis dolores,
en la lenta quietud de mis hastíos.

Graban en mi bandera desplegada
la cifra de mi amor, que es la más bella
idealidad que sueña el alma mía,

y marchar por la senda trajinada
mientras me alumbran las pupilas de ella
el camino que va hacia la alegría.

El anterior soneto nos muestra el dominio que de este difícil género tiene este poeta.

* * *

Luz de Aurora (Estudio político-social de España), por *Andrés Marín*, San Juan (Puerto Rico), 1919.

Verdaderamente me ha interesado este libro. Capítulo ha habido cuya lectura he tenido que repetir para no desperdiciar ni una migaja de su contenido. Y la verdad me obliga a confesar que he encontrado exagerados los pesimismos del Sr. Marín acerca de la situación presente de España, y mucho más respecto a su porvenir.

Muy atinadas me parecen las afirmaciones que establece el autor señalando las causas de la postración de España, las observaciones sobre la economía nacional y la necesidad urgente de reformar la legislación española, que resulta ya anticuada.

Expone un plan curativo, que en el fondo es el programa socialista radical, trata duramente a casi todos los políticos españoles, especialmente al conde de Romanones, cuyo estudio frenológico hace, deduciendo consecuencias poco favorables para el conde. En general, es un libro de lucha, apasionado y que en algunos momentos es algo parcial.

* * *

De Allá, sonetos de *J. R. Burbano V.* Cuenca (Ecuador), 1919.

Treinta y cuatro sonetos al estilo moderno; esto es, sonetos que no cumplen los preceptos clásicos de consonancia ni distribución; pero sonetos bellamente hechos, y que en una emocionante cadena evocan los recuerdos infantiles del poeta y añoran la vida pasada y los lugares pretéritos, henchidos de recuerdos. Al través de estos sonetos se vislumbra la influencia a que los modernos poetas, especialmente Villaespesa, han ejercido sobre la formación literaria del autor. Uno de los principales méritos de estos versos son la limpieza de expresión y la frescura de la forma. Transcribimos uno tomado al azar.

Qué triste corre el agua del arroyo,
cuyas ondas cantaban tu alegría,
y amorosas posaban en el hoyo
de tu mano, que no las retenía.

Cuál te copiaba el agua reluciente,
como tú bulliciosa y placentera,
cuando arrojabas flores a la fuente
para que yo, distante, las cogiera.

Qué pena la de esa agua que murmura,
porque no siente que tu boca pura,
ardiente, posas en sus linfas frías;

hoy el cauce de grama se ha cubierto,
y va el agua imitando por el huerto
el murmullo inocente que tú hacías.

* * *

La France notre mère intellectuelle, conférences et articles, por
Alfonso Mejía Rodríguez.

En un bien presentado tomo de ciento cincuenta páginas, nos ofrece el Sr. Mejía Rodríguez, distinguido escritor colombiano y entusiasta apasionado de Francia, una serie de conferencias y de artículos, en los que, con el calor propio de los españoles de América, defiende la causa de los aliados, y muy especialmente de Francia. Mucho se ha escrito ya sobre esta apasionante cuestión; pero los trabajos del Sr. Mejía Rodríguez tienen el valor especial de haber sido dictados antes de que la victoria decidiera la lucha a favor de los aliados. En todos los artículos y conferencias del periodista colombiano, se ve un entusiasmo vibrante y una fe absoluta en la victoria.

* * *

Argentina, novela popular de ambiente argentino, por *Eduardo Mayea.*
Habana, 1918.

Los estrechos moldes de una nota bibliográfica no son suficientes para hacer el juicio crítico de esta novela, que nos ha recordado, leyéndola, algunas de las más famosas del gran novelista español Pío Baroja, tales como *Mala hierba* y *Aurora Roja*. Los principales personajes de esta interesante novela, Argentina, la Sra. Albarrán, Víctor, el Padre Pedro, los anarquistas Miguel y Ruperto, son tipos demasiado complejos en su constitución psicológica para que puedan ser tratados con la premura de tiempo y de espacio. Plantéanse también en esta novela cuestiones que, si no de una trascendencia social fundamental, son al menos lo bastante profundas para que se hagan objeto de un estudio crítico más detenido. Por esto, suspendo mi juicio definitivo acerca de esta novela, adelantando que su forma es correcta y que revela en su autor un espíritu observador de primera categoría.

R. GARCÍA MORENO.

Biblioteca.

(Continuación.)

Sin perjuicio de las notas bibliográficas, que irán apareciendo en números sucesivos de esta Revista, de los libros enviados últimamente por autores y editores y que pasan a formar parte de la biblioteca de la *Unión Ibero-Americana*, publicamos esta sección para conocimiento de los señores socios, aprovechando la oportunidad para testimoniar la gratitud de la citada Sociedad a cuantos contribuyan a enriquecer su biblioteca, una de las más consultadas de España en asuntos Iberoamericanos.

Informe del Ministro de Relaciones Exteriores correspondientes al año 1909.—*Quito (Ecuador), 1919.*

«Uniformidad de sueldos para los Maestros primarios y necesidades conexas», por J. B. Zubiauz.—*Buenos Aires, 1919.*

«Hóroe Epónimo, ensayo de poema para instituir el «Día del Libertador» en el Nuevo Mundo», por Alejandro Andrade Coello. *Quito (Ecuador), 1919.*

«Universidad Literaria de Sevilla», discurso leído en la apertura del curso de 1919-1920, por Miguel Royo González.—*Sevilla, 1919.*

«Recuerdo del Carnaval», por F. Gómez Rul.—*Mérida de Yucatán, 1919.*

«El petróleo en la República Mexicana», por Miguel Bustamante, núm. 35, primera parte.—*México, 1908.*

«The Conspiracy Against México», por Arthur Thomson.—*California.*

«Andanza sentimental (La)», por Antonio M. Sepúlveda.—*Bucaramanga, 1919.*

«Censo de la común de Puerto Plata (conteniendo otros datos relativos a la misma y a la provincia), edición oficial.—*Puerto Plata, 1919.*

«Anuario Estadístico de la República de Chile». Vol. 2, Beneficencia, Medicina e Higiene, año 1917.—Vol. 3, Política y Administración, año 1917. Vol. 5, Instrucción, año 1917.—Vol. 10, Comercio interior.—*Santiago de Chile, 1919.*

«Conferencias en la Sociedad de Pediatría de Madrid», curso de 1918-19, por la Biblioteca «Pro Infancia».—*Madrid, 1919.*

«Importancia, necesidad y procedimiento más natural para el desarrollo, en la escuela de la educación intelectual, desde el punto de vista de la higiene del niño», por el doctor Nicasio Mariscal y García.—*Madrid, 1919.*

«Informe rendido al H. Congreso de la Unión, por el Presidente de la República de México, C. Venustiano Carranza», en el período de sesiones en 1 de septiembre de 1919.—*México, 1919.*

«Anuario de Legislación Ecuatoriana», 1918. Vol. 17, segunda parte.—*Quito, 1919.*

«Hacia la Sociedad de Las Naciones», por el doctor Alfredo Hudson.—*Buenos Aires, 1919.*

«El Cantar de los Cantares del Glorioso Salomón», versión de Luca-Ribera.—*México, 1919.*

- «América Española o Hispano-América. El término «América Latina» es erróneo», por Aurelio M. Espinosa.—*Madrid, 1919.*
- «Instituto de Reformas Sociales». Organismo permanente para la Legislación internacional del Trabajo.—*Madrid, 1919.*
- «Mensaje del Presidente de la República al Congreso Nacional de 1919.» *Quito (Ecuador), 1919.*
- «Memoria de la Secretaría de Estado de Agricultura e inmigración», de 1918 a 1919.—*Santo Domingo, 1919.*
- «Universidad de Oviedo», discurso leído en la apertura del curso académico de 1919-20, por D Enrique de Eguren y Bengoa.—*Oviedo, 1919.*
- «Asociación Española de S. M., de Melo». «Unión», Memoria correspondiente al año de 1918.—*Buenos Aires, 1919.*
- «Sociedad Española de S. M., de General Villegas», Memoria y balance, año 1918.—*General Villegas, 1919.*
- «Nuestra Epopeya». (Guerra del Paraguay, 1864-70), por Juan E. O'Leary. Biblioteca Paraguaya. vol. 2.—*Asunción, 1919.*
- «Liga de Naciones (La)», estudio de Derecho Internacional, por Camilo Carrancá y Trujillo.—*Mérida Yucatán (México), 1919.*
- «Relaciones Geográficas de Indias», contenidas en el Archivo general de Indias, de Sevilla; siglo xvi.—*Sevilla, 1919.*
- «Impresiones de Río Janeiro, Buenos Aires y Montevideo, por Enrique de Oria y Senties.—*Buenos Aires, 1918.*
- «España (La) de ayer y la España actual», conferencia pronunciada por Enrique de Oria Senties.—*Santiago de Chile, 1919.*
- «Ximénez de Cisneros, ensayo de Crítica Histórica», por José Elguero. *San Antonio (Texas), 1919.*
- «Método ilustrado de lectura por medio de la Escritura Española vertical», por Rufino Blanco y Sánchez.—*Madrid, 1919.*
- «Noticias acerca de algunos naturales de la provincia de Alicante que se distinguieron en América», por Francisco Montero Pérez.—*Alicante, 1919.*
- «Eduardo Zamacois», semblanza a vuela pluma, por Alejandro Andrade Coello.—*Quito (Ecuador), 1919.*
- «Solidaridad Educacional Americana», por el doctor J. B. Zubiauz.—*Buenos Aires, 1919.*
- «Al pie de la cuna», por Néstor Morales Villazón.—*La Paz, 1919.*
- «Discurso pronunciado en el solemne acto de la Jura de la Bandera», por el Ministro de Instrucción Pública David Arellano.—*Managua (Nicaragua), 1919.*
- «Campana de Invasión del Teniente General D. Pablo Morillo, 1815-1816», por Jorge Mercado, un vol., 220 págs.—*Bogotá (Colombia), 1919.*
- «||Tierrall», monólogo en verso, por Justo R. Quirós.—*Chitré (Panamá), 1919.*
- «Estatutos de la Universidad de Madrid.»—*Madrid, 1919.*
- «Discursos Masónicos», segundo opúsculo, por S. Erminy Arismendi.—*Carupano, 1919.*
- «Discurso leído en la entrega de premios de la clase de esgrima del Instituto General y Técnico del Cardenal Cisneros, en el Paraninfo de la Universidad», por el doctor Vicente Gay.—*Madrid, 1919.*
- «Universidad Central», discurso leído en la inauguración del curso académico de 1919 a 1920, por el doctor Pío Zabala Lera.—*Madrid, 1919.*

- «Guerra del Pacífico, por Ignacio Santa María, tomo I.—*Santiago de Chile*, 1919.
- «Casa de España en Santo Domingo». Memoria del año 1917-1918.—*Santo Domingo*, 1918.
- «Real Academia Hispano-Americana», discursos leídos en la recepción pública del ilustrísimo señor Ricardo Soliez y Vilches.—*Cádiz*, 1919.
- «Cámara Provincial de Comercio, Industria y Navegación, de Palma de Mallorca», Memoria comercial del año 1919.—*Palma de Mallorca*, 1919.
- «Instituto de Reformas Sociales», informes de los inspectores del trabajo sobre la influencia de la guerra Europea en las industrias españolas, 1917-1918, tomo II.—*Madrid*, 1919.
- «Instituto de Reformas Sociales», duración de la jornada en distintos oficios y términos geográficos de España.—*Madrid*, 1919.
- «Discurso histórico sobre la antigua famosa Cantabria», por M. R. P. Manuel de Larramendi.—*Madrid*, 1736.
- «Compendio chronológico de la historia de este siglo»; tomo I, por Salvador Jofepb Mañer.—*Madrid*, 1741.
- «Ejercicios espirituales para desagaviar a María Santísima Nuestra Señora de los Dolores», por el P. Fr. Fernando Martagón.—*Madrid*, 1741.
- «Vida del Glorioso Padre y Patriarca San Felipe Neri», por el P. Juan Marciano; tomos I y II.—*México*, 1807.
- «Manual de misioneros o ensayo sobre la conducta que pueden proponerse observar los sacerdotes llamados al restablecimiento de la religión en Francia», obra póstuma de Juan Natividad Costa.—*Madrid*, 1852 y 1853.
- «La poesía religiosa en México» (siglos XVI a XIX), selección y notas del presbítero Jesús García Gutiérrez.—*México*, 1829.
- «Cuentos, estética y poemas», de D. Ramón del Valle-Inclán. (Notas y selección de Guillermo Jiménez).—*México*, 1919.
- «La hora futura», por Arthur Posnanski.—*México*, 1919.
- «Canción de la miseria (La)», poema, por Edgardo Ubaldo Genta.—*La Paz (Bolivia)*, 1919.
- «Desde mi ventana», por José Oliva Nogueira.—*Uruguay (Montevideo)*, 1919.
- «Ante el problema monetario», por el barón de Franzenstein.—*Rosario (Argentina)*, 1919.
- «Libro de la mujer [El]», por Alberto Comba.—*Tegucigalpa (Honduras)*.
- «República de Cuba. Sección de estadística. Comercio exterior. Primer semestre del año 1918».—*Madrid*, 1919.
- «República de Cuba. Sección de estadística. Inmigración y movimiento de pasajeros en el año 1918».—*Habana*, 1919.
- «República de Colombia. Informe del Ministro de Relaciones Exteriores al Congreso de 1919».—*Habana*, 1919.
- «Tropas de zapadores (Las) y la fortificación de campaña», por A. Ahumada.—*Bogotá*, 1919.
- «Compendio de historia antigua», por Carlos Martínez Silva.—*Santiago de Chile*, 1919.
- «Hojas del corazón» y «Páginas del alma», por Alfonso Durán.—*Bogotá*, 1919.
- «Conservatorio universitario. Lima en el siglo XVIII.» 1800-1825. Conferencia, por Jorge Guillermo Leguía.—*Buenos Aires*, 1914. *Lima*, 1919.

«Sociedad de instrucción primaria de Santiago». Memoria presentada a la Junta general por el secretario D. Julio Prado Amor.—*Santiago de Chile*, 1919.

«La raza» (canto lírico a la lengua castellana), por José de La Cruz Vallejo.—*Iquique (Chile)*, 1918.

«Juegos florales de Tacna», octubre de 1916.

«Panoramas europeos», por Pedro Felipe Escalona.—*Madrid*, 1919.

«Musa sentimental», por Alonso A. Brito.—*Tegucigalpa*, 1919.

«Cartas fundamentales» (ensayo de crítica epistolar), por Eduardo de Salterain Herrera.—*Montevideo*, 1919.

«Jardines de Francia» (poemas líricos), por Enrique González Martínez.—*México*, 1919.

«Instituto de Reformas Sociales». Aplicación de la jornada máxima de ocho horas. Informe de la sección.—*Madrid*, 1920.

«Instituto de Reformas Sociales.—El problema obrero de la Gran Bretaña.—La Conferencia industrial y los informes del Comité Whitley».—*Madrid*, 1919.

«Instituto de Reformas Sociales.—Información sobre emigración española a los países de Europa durante la guerra».—*Madrid*, 1919.

«Instituto de Reformas Sociales.—Legislación del trabajo». Apéndice décimo-cuarto; 1918.—*Madrid*, 1919.

«Anuario estadístico de 1918». (Año VIII.) República de El Salvador.—*San Salvador*, 1919.

«Cien mejores poemas (Los)», de Enrique González Martínez.—*México*, 1920.

«Refranes meteorológicos referentes a los diferentes meses del año», por Gabriel María Vergara.—*Madrid*, 1920.

«Chiffons de papier o el Tratado con los Estados Unidos», por J. R. Lanoa Loaiza.—*Santa Marta (Colombia)*, 1919.

«Cuestion du Pacifique (La)», conferencia, por E. Montarroyos.—*Paris*, 1919.

«País de la riqueza (El)», por Carlos Martí.—*Madrid*, 1918.

«Real Academia de Medicina». Discurso en la recepción pública, por Jesús Sarabia y Pardo.—*Madrid*, 1920.

«Datos históricos de los Colegios del Perú», por Aurelio M. Gamarra y Hernández.—*Lima*, 1919.

«Proyecto de ley orgánica de la Instrucción pública», por Julio R. Barcos.—*San Salvador*, 1920.

«Memoria de los trabajos del Hospital Rosales», por el doctor Ramón García González.—*San Salvador*, 1918.

«Comentarios a los consejos de Schumann», por Luis A. Delgadillo.—*Managua*, 1920.

«Informe y Memoria del Consejo Nacional de Mujeres del Uruguay», correspondiente a los años 1918-1919.—*Montevideo*, 1920.

«Comentarios (Los)», por Eduardo de Salterain Herrera.—*Montevideo*, 1920.

«Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín», por el P. Gregorio de Santiago Vela. Volumen V.-M.—*Madrid*, 1920.

«Problema entre Perú y Chile (El)», por Carlos Pérez Cánepa.—*Cádiz*, 1920.

- «Del sentir» (poesías), por Augusto Arias R.—*Quito*, 1920.
- «Novelas ejemplares: El casamiento engañoso, El coloquio de los perros, El licenciado Vidriera».—*México*, 1920.
- «Geografía de Honduras», por Eduardo Martínez López.—*Tegucigalpa*, 1919.
- «Laúd en el valle (El)», por Humberto Fierro.—*Quito*, 1919.
- «Crónica de la provincia agustiniana del Santísimo Nombre de Jesús de México», por P. M. Fr. Esteban García.—*Madrid*, 1918.
- «Los Vascos en América», historia de América (vol. VI, Venezuela, tomo III), por Segundo de Ispizua.
- «Influencia que puede ejercer en la vida y porvenir de España la apertura y explotación del canal interoceánico de Panamá», por José de San Martín y Falcón.—*Valencia*, 1919.
- «El catalanismo en acción», por el doctor Martín Dedeu.—*Buenos Aires*, 1919.
- «Ritmos dispersos», por Miguel Aguilera R.—*Bogotá*, 1919.
- «Mensaje inaugural dirigido a la Honorable Asamblea Nacional», por el Presidente D. Jorge Meléndez.—*San Salvador*, 1919.
- «Mensaje al Congreso Nacional», por el Presidente de la República de Colombia, D. Marcos Fidel Suárez.—*Bogotá*, 1919.
- «El divorcio», por Juan Vicente Ramírez.—*Asunción (Paraguay)*, 1919.
- «La cuestión social», por Juan Vicente Ramírez (vol. 4).—*Asunción (Paraguay)*, 1919.
- «Ideas acerca de la reforma de la instrucción pública en El Salvador», por Francisco Castañeda.—*San Salvador*, 1919.
- «Cosas raras o curiosas de algunas localidades españolas, según los cantares y frases populares», por Gabriel M.^a Vergara.—*Madrid*, 1919.
- «Os Direitos da Italia» (carta) «Aos Dalmatas», por Gabriel D'Annunzio.—*San Paulo*, 1919.
- «De librés alas» (poesías completas), por Luis Benjamín Cisneros.—*Lima*, 1919.
- «La Prensa del Ecuador y los juicios de imprenta», por V. Larrea y Alvarado.—*Guayaquil (Ecuador)*, 1919.
- «El golfo de Fonseca y el Tratado Bryan-Chamorro», celebrado entre los Estados Unidos de Norteamérica y Nicaragua; Doctrina Meléndez.—*El Salvador*, 1917.

LA EXPERIENCIA DEMUESTRA QUE LOS CHOCOLATES
Y DULCES

MATIAS LOPEZ

Son los mejores del mundo.

PEDIDLOS EN TODOS LOS ULTRAMARINOS Y CONFITERÍAS

Dirigir los pedidos Palma Alta, 8. Madrid.

(ESPAÑA)